11303

EL TEATRO.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICO-DRAMÁTICAS.

UNA RENTA VITALICIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSR,

arreglada del francés.

MADRID.
IMPRENTA DE D. ANSELMO STA. COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

EL TEATRO:

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de ódio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño,
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobleza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas
Ber a la flamenca.
Bienes mal adquiridos.
Baltasar.
Barómetro conyugal.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonjo.
Duque de Viseo.
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas
Diego corrientes, 2.ª parte.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita
El cura de aldea.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El arillo del rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!
El Justicia de Aragon.
El caballero del milagro.
El monarca y el judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El jitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor é interés.
Este cuarto se alquila.
El patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes.
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
Fiarse en apariencias.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!!!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, o conquista de Lorca.
Glorias mundanas.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á un tiem
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Jaime el Barbudo.
Juan sin tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José María.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados ..
Los dos sargentos españoles o la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los estremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La Banda de la Cendesa.
La esposa de Sancho el Brav
L boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La madre de San Fernando.
Las flores de don Juan.
Las Apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Las dos reinas.
La libertad de Florencia.
La archiduquesita.
Las prohibiciones.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la esperiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado.
Las querellas del rey Sábio.
La oracion de la tarde.
La llave de oro.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La barquera de la Finojosa.
La flor del valle.

UNA RENTA VITALICIA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

IMITACION DEL FRANCÊS.

POR

D. C. Sanchez de Garay.

MADRID:
IMPRENTA DE D. ANSELMO SANTA COLOMA,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unarentavitalici513sanc

PERSONAJES.

DOÑA ROSA, *de 40 años.*
CRISTINA, *de 18.*
D. RAMIRO BERMUDEZ, *jóven calavera*, 25.
D. TADEO SAN ROMAN, *marido de Rosa y padre de Cristina*, 55.
D. TEODORO GARCIA, *agente de negocios*, 45.
RICARDO, *jóven médico.*
DOS CRIADOS.

La escena pasa en Madrid en casa de San Roman, año de 1849.

675344

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas tituladas EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria, nadie podrá sin su permiso reimprimirla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galería son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala elegantemente puesta; á la derecha del espectador una puerta que conduce á la habitacion de San Roman; á la izquierda la del gabinete de doña Rosa; una mesa, un bufete con libros y papeles de comercio; en el fondo otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

SAN ROMAN, GARCÍA.

GARCÍA. Admiro el lujo con que ha adornado usted sus salones, amigo San Roman, ¡qué muebles! ¡qué colgaduras!... cualquiera pensará que es usted uno de los primeros banqueros de España!

S. ROMAN. No creo que sea grande la diferencia que haya entre ellos y yo... ellos giran sus fondos sobre la fortuna pública, ayudan al Estado cuando se vé amenazado por alguna crísis monetaria, favorecen tal ó cual partido por sostener ó derribar el gabinete que mas les conviene, y por último, se quedan con todas las empresas mas lucrativas de la nacion. Yo, por mi parte, no hago mas...

GARCÍA. ¡Qué remediar las necesidades privadas!

S. ROMAN. Justamente; presto á viudas, á cesantes, á esclaustrados, anticipo fondos sobre fincas y papel del Estado, fio á republicanos, progresistas y conservadores; para mi todos son iguales... Mi bolsa está abierta para todo el mundo, siempre que haya garantías.

GARCÍA. ¡Ay! amigo, ¡qué distinto es el premio de ambos servicios! El Estado paga á sus prestamistas con un 200 por 100 de beneficio tan luego como sale de su apuro, mientras que los acreedores de V. le suelen pagar en tres plazos, tarde, mal y nunca.

S. ROMAN. Es cierto que algunas veces nos suele suceder eso, pero para esas ocasiones le tenemos á usted, amigo García, que es la perla de los agentes.

GARCÍA. ¡Usted me confunde!

S. ROMAN. Sí, amigo mio; usted los hace pagar pronto y en buena moneda, y eso con la mas esquisita delicadeza.

GARCÍA. Considero esto como un deber mio... No creo que sea una necesidad maltratar á esos pobres diablos, para hacerles cumplir sus compromisos. Hay medios suaves... La cárcel, por ejemplo.

S. ROMAN. Tiene usted razon, los medios suaves producen siempre admirables resultados.

GARCÍA. Puedo vanagloriarme de que cuantos negocios han venido á mi poder, han tenido una terminacion satisfactoria... Tan solo uno... cuando yo empecé...

S. ROMAN. ¡Ah! sí, bien me acuerdo. Era un oficial de caballería de un génio endemoniado.

GARCÍA. Sí, se tomó la libertad de quererme hablar gordo.....

S. ROMAN. Y le habló á usted.

GARCÍA. Efectivamente, se descompuso alguna cosa.

S. ROMAN. Y si no me engaño, creo que llevó su audacia al estremo de poner su baston en relacion íntima con sus espaldas de usted.

GARCÍA. Así pasó, ni mas ni menos; es admirable su momoria de usted. Pues bien, á pesar de todo supe ablandarle...

S. ROMAN. ¿Cómo?

GARCÍA. A las pocas horas llevaba el oncialito la estocada mas bonita que puede darse; desde entonces he cobrado fama, y en todo Madrid se me tiene por uno de los mas temibles duelistas, reputacion que yo esploto admirablemente con los ánimos apocados. Pero no vengo á hablar de hazañas que usted conoce tambien como yó... si no á que me entregue los documentos que han de poner bajo mi férula, como estafador, á ese cliente recalcitrante.

S. ROMAN. Sí, sí, es un pícaro estudiante de leyes á quien deseo que de usted una buena leccion. ¿Querrá usted creer que este deudor es mi eterna pesadilla?

GARCÍA. No comprendo.

S. ROMAN. Es aquel que dije á usted que me persigue por todas partes... en paseo, en la bolsa, en los teatros, en los toros... en fin, á donde quiera que voy me le encuentro, y no bien me vé, aunque sea á gran distancia, empieza á gritar con voz estertórea, «caballero San Roman... ¡Célebre usurero! ¡Mi usurero de cámara!» y la turba de botarates que le rodea, se burla de mí á su sabor...

GARCÍA. ¡Eso es horrible!

S. ROMAN. Y el dia que no tengo la suerte de encontrarle, cuando me retiro á casa me recibe el dependiente con una carta en cuyo sobre se leé con letras como bellotas, «para D. Tadeo San Roman, primer usurero y jefe de los judíos españoles.» Lo único que me estraña, es que no haya tenido aun la audacia de presentarse en mi casa.

ESCENA II.

LOS MISMOS, UN CRIADO, *despues* BERMUDEZ.

CRIADO. (*Anunciando.*) ¡El Sr. D. Ramiro Bermudez!

S. ROMAN. ¡Cayose la casa á cuestas!

BERMUDEZ. *(Con látigo y espuelas.)* Caballero, tengo el honor, *(saludando á García.)* Querido usu... *(á San Roman)* digo, banquero... vengo de casa del escribano de ventilar cierto asuntillo...

S. ROMAN. Y viene usted, sin duda por...

BERMUDEZ. Daros los buenos dias... Es una visita desinteresada y que debia hace tiempo...

S. ROMAN. No tal, usted no debe...

BERMUDEZ. Sí, amigo mio, y como esta deuda no es como otras, he determinado pagarla poco á poco, consagrándole á usted un momento todas las mañanas.

S. ROMAN. ¡Cómo! ¿Piensa usted venir...?

BERMUDEZ. Sin faltar una. ¿Pero acaso, no le agradarán mis visitas?

S. ROMAN. Todo al contrario, usted es muy dueño. *(Aparte.)* Eso será lo que tase un sastre.

BERMUDEZ. ¿Que diantre, á qué vienen tantos cumplidos? Un acreedor es un cliente como otro cualquiera... pero ya que he tenido el placer de saludarle, me retiro porque le estoy perjudicando... ya sé que en casa de un usu... de un banquero *(con intencion)* cada minuto de visita devenga sus correspondientes intereses ¿no es así? El tiempo es un capital que no debe derrocharse.

S. ROMAN. Lejos de molestarme, me estaba ocupando de usted en este momento.

BERMUDEZ. ¿De veras?

S. ROMAN. Que lo diga este amigo, á quien me tomo la libertad de presentarle. Es un escelente sugeto, con quien no podrá menos de simpatizar luego que les una un trato mas íntimo. *(Con intencion).*

BERMUDEZ. *(A García.)* Caballero... puedo tener el honor de saber...

GARCÍA. Teodoro García, para lo que guste mandar.

BERMUDEZ. ¡Oh! ¿García, el mas listo de los lebreles ususarios?...

GARCÍA. *(Amostazado).* ¡Caballero!

BERMUDEZ. Y si no miente la crónica, uno de los mas afamados duelistas...

GARCÍA. Así dicen.

S. ROMAN. Y aposentador de las cabezas ligeras.

BERMUDEZ. Creo que este caballero reune una multitud de profesiones á cual mas honrosas por lo que le felicito.

GARCÍA. En breve pienso ocuparme de la de usted.

BERMUDEZ. ¿De mi profesion?

GARCÍA. De su cabeza.

BERMUDEZ. ¿Tambien peluquero? Es usted una joya inapreciable.

GARCÍA. No señor, pero trato de aposentarle segun fallo del Señor San Roman.

BERMUDEZ. ¿Qué fallo?

GARCÍA. O ejecutoria de hoy, es igual.

BERMUDEZ. ¡De hoy...!

S. ROMAN. Pues qué, ignora todavia cnando le han...

BERMUDEZ. Vaya, vaya, pues qué, ¿cree usted que yo me entretengo en leer las citaciones que me hacen mis acreedores, las cartas amorosas y desafios que me mandan? Pues trabajo le mandaba al que tuviese que contestar á ellas.

S. ROMAN. Pienso que esta noticia le será muy desagradable, maxime cuando venia de tan buena fé á cumplimentarme, y por la mañana.

BERMUDEZ. Si esta hora le molesta á usted, vendré por la tarde, á mi me es igual; ¿es buena hora las seis?

S. ROMAN. ¿Cómo, qué?

GARCÍA. Ya comprendo.

BERMUDEZ. Esa es la hora en que está dada la órden de mi prision, si para entonces no he cumplido: no crean ustedes que soy tan zote que no me he enterado de esta circunstancia. Vaya, me retiro, porque mis negocios me llaman á otra parte. (*A San Roman.*) Hasta la tarde, mi querido usu... digo banquero, ¡banquero...! (*A García*). Hasta la vista, mi querido aposentador...

GARCÍA. (*Acompañándole.*) Dios guarde á V. caballero Bermudez.

BERMUDEZ. ¡Oh! no permito que usted se moleste.

GARCÍA. (*Con intencion.*) No tema usted, aun no estoy en plenas facultades.

BERMUDEZ. (*Riendo.*) ¿Aun no? ¡Ja, ja, ja! (*Váse*).

ESCENA III.

SAN ROMAN *y* GARCÍA.

S. ROMAN. (*Paseándose.*) Ya lo ha oido usted, ¡se va riendo, que osadia! ¡vive Dios!

GARCÍA. No le dé á usted cuidado, que otras torres mas altas se han desmoronado; lo urgente es no perder tiempo, vengan los documentos.

S. ROMAN. (*Tomando un paquete de papeles del bufete y dándoselos.*) Tome usted, aqui están los autos, el mandamiento y todo lo necesario.

GARCÍA. Perfectamente, ahora solo me falta su persona, y de esa me encargo yo.

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA ROSA.

DOÑA ROSA. (*Saliendo de su habitacion.*) ¿Se puede entrar?

GARCÍA. Pase usted adelante, señora mia; ¡usted siempre tan seductora...! ¡tan elegante!

DOÑA ROSA. Esto le agrada á mi esposo y es preciso darle gusto; no pregunto á usted por Carlota, pues me espera para ir á las carreras de caballos.

GARCÍA. ¡Rosita! Usted pervierte á mi cara mitad; ayer por la tarde á los toros, por la noche al *Valle de Andorra*, donde entre paréntesis, estaba usted encantadora.

DOÑA ROSA. ¡Siempre lisongero y galante!

GARCÍA. Con que hoy á las carreras de caballos y á la noche sabe Dios donde.

DOÑA ROSA. Las carreras son el espectáculo á que concurren mas elegantes, y yo no puedo faltar á él.

GARCÍA. Tiene usted razon. (*Aparte á San Roman.*) ¡Que idea! Bermudez sin duda alguna es uno de los concurrentes, pues traia látigo y espuelas. ¡Magnífico golpe! Establezco mis reales á las inmediaciones del Hipódromo y si al salir permanece insolvente, ¡no hay remedio...! ¿No es cierto?

S. ROMAN. Soberbio pensamiento.

GARCÍA. Voy sin perder momento. (*Alto.*) Adios, amigo mio. (*A doña Rosa.*) Señora tendré el placer de ver á usted en breve. (*Váse*).

ESCENA V.

DOÑA ROSA y SAN ROMAN.

DOÑA ROSA. Vaya una salida intempestiva, no se marcha poco deprisa. ¿Si estará celoso?

S. ROMAN. Nada tendria de particular, porque Carolina es jóven, bonita y algo coqueta.

DOÑA ROSA. No digo que nó... sin embargo, de que á pesar de la intimidad que tenemos desde niñas, no he notado en ella nada reprensible, pues si así hubiera sido, yo la hubiera aconsejado lo regular.

S. ROMAN. Pobre Rosa, como tu eres un dechado de amor conyugal, crees que todas son lo mismo.

DOÑA ROSA. No hago mas que mi deber, máxime cuando tengo un marido que no me falta en nada y que solo desea que me divierta y que me presente con lujo.

S. ROMAN. Todo te lo mereces tú, bien mio; tú no sabes el placer que esperimento cuando te doy mi brazo, y escucho decir por todas partes ¡Divina mujer! ¡Encantadora criatura! ¡Es la esposa del banquero San Roman! Ademas, esto acrece mi reputacion.

DOÑA ROSA. ¿De veras?

S. ROMAN. Si, hija mia, mi profesion no admite como otras, pomposos anuncios, prospectos ni charlatanerias, y en este supuesto, tu belleza es el viviente prospecto que pregona mi fama, la cual pone de manifiesto mi posicion y mi industria.

DOÑA ROSA. Sea enhorabuena.

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y RICARDO.

RICARDO. Querido tio, celebro infinito encontrar á usted. Venia á...

S. ROMAN. (*Interrumpiéndole.*) ¿Cómo es eso? ¿No es aquí nadie tu tia?

RICARDO. (*A Doña Rosa.*) ¡Oh! Perdóneme usted, no la habia visto.

S. ROMAN. ¡No ver á una tia á quien debe adorar!

DOÑA ROSA. Yo le disculpo.

RICARDO. Ya sabia yo que su bondad...

S. ROMAN. Si, es infinita. No te olvides de que como no tenemos hijos, tú y tu prima Cristina, sois nuestros únicos herederos.

RICARDO. Es usted el modelo de los tios.

S. ROMAN. Sobrino mio, no vaciles en publicar por todas partes que tú y tu príma, sois los únicos herederos del opulento banquero San Roman. Esto no me perjudica, al contrario.

RICARDO. Tio, vengo á decir á usted que necesito hacer el depósito para revalidarme y doctorarme.

S. ROMAN. Vais á ser muy dichosos, no es esto echároslo en cara, pero vuestra educacion me ha costado un dineral; mis pobres hermanos me han dejado una carga y no floja al morirse, gracias á que no tengo hijos.

RICARDO. Muchas gracias por tantos beneficios... pero es tarde y no puedo dejar de hacer la entrega, si usted me diese el importe.

S. ROMAN. Nada mas justo. ¿Cuánto quieres?...

RICARDO. (*Aparte.*) ¿Se irá á morir mi tio? Su generosidad me maravilla.

S. ROMAN. Antes me permitirás que acompañe á tu tia hasta su carruage.

DOÑA ROSA. ¿Cómo á mi carruaje? No comprendo...

S. ROMAN. Es que he querido sorprenderte, obsequiándote con una linda carretela.

DOÑA ROSA. ¡Qué alegria!

S. ROMAN. ¿Qué hombre de mi posicion no tiene carruaje propio, cuando ya cualquier pelagatos se pasea en pies agenos? Dentro de poco, todo el mundo conocerá el carruaje del banquero San Roman.

DOÑA ROSA. (*Dándole la mano.*) Y de su esposa Rosita.

S. ROMAN. Vamos, que ya es tarde. (*Tia y sobrino se saludan y Doña Rosa* y *San Roman salen*).

ESCENA VII.

RICARDO.

¡Qué dicha! ¡únicos herederos! ¡Es una buena noticia que nunca hubiera esperado! Y luego, que solícito en darme lo que le he pedido. (*Mirando por la ventana*). ¡Qué carretela tan linda! ¡Qué par de caballos! Cuando yo sea doctor podré regalar asi á mi prima Cristina. ¿Pero qué veo? Mi tio sube tambien al carruaje (*gritando.*) ¡Eh! ¡Eh! ¡Tio! Qué se va usted... ¡Maldicion, ya no me oye! ¡Dios mio! ¿Como pagaré mis derechos dentro de media hora? ¡Adios felicidad! ¡Adios sueños de gloria, os perdí para siempre! ¿Si no soy doctor, como me caso con mi Cristina?

ESCENA VIII.

CRISTINA *y* RICARDO.

CRISTINA. (*Que ha oido sus últimas palabras.*) ¿Y una vez casados; qué harás?

RICARDO. ¡Cómo! ¿Me escuchabas?

CRISTINA. Nos moriremos de hambre, porque la borla no dá dinero, sino los enfermos.

RICARDO. Yo los tendré.

CRISTINA. No hay que hacerse ilusiones, porque podria suceder que aun cuando los tuvieses no te pagasen.

RICARDO. Pintas las cosas con unos colores.

CRISTINA. Los de la verdad. Pero no temas, querido mio, que yo me encargo de que no nos falte nada.

RICARDO. ¡Tú, Cristina!

CRISTINA. ¡Si, yo!

RICARDO. ¿Pero cómo?

CRISTINA. Hoy es mi último dia de leccion de pintura.

RICARDO. Bá, y que importa eso... ¡Ademas que el tio no lo permitirá!

CRISTINA. Mi misma profesora lo manda, puesto que dice que ya no la necesito para nada, pues sé mas que ella.

RICARDO. ¿De veras?

CRISTINA. Si, y dice que puedo ganar todos los años diez y ocho á veinte mil reales, ya ves, que con este sueldo no necesitaremos tan pronto de los enfermos.

RICARDO. Pero es el caso, que todavia no he recibido mi título, ni lo recibiré que es peor, porque mi tio se ha marchado sin darme el importe de los derechos y tendré que perder el año.

CRISTINA. No te apures por eso, yo proveeré á todo.

RICARDO. ¡Imposible!

CRISTINA. ¿Cuánto necesitas?

RICARDO. Por ahora quinientos reales.

CRISTINA. Está bien, yo te los daré.

RICARDO. ¿De veras?

CRISTINA. Voy á ser tu prestamista, haré las veces del tio. Solo que los réditos me los pagarás en amor.

RICARDO. Sí, con un eterno amor. ¿Pero como tienes tú?...

CRISTINA. Te acuerdas aquel cuadro que te gustaba tanto. ¿Aquella Virgen?

RICARDO. Si.

CRISTINA. Pues mi profesora le ha vendido en mil reales.

RICARDO. Cristina, yo no puedo aceptar ese dinero que es una parte de tu dote.

CRISTINA. Sino lo aceptas, no te vuelvo á hablar.

RICARDO. ¿A tal condicion, quien resiste? ¿Acepto, pero en cambio, qué te daré yo? Como no sea la disertacion que voy á leer en el grado.

CRISTINA. La quiero, primo mio, esos papeles te honran á mis ojos, de *ictibus capitis*, ó lo que es lo mismo, sobre los *golpes en la cabeza.*

RICARDO. ¿Pues cómo sabes?

CRISTINA. Que tiene de particular, si hace dos meses que no te oigo otra cosa.

RICARDO. ¡Dices bien! Que felicidad, si cuando te vuelva á ver soy ya doctor.

CRISTINA. ¿Qué duda tiene? ¿Qué te falta ahora?

RICARDO. Yo necesitaba... pero no me atrevo.

CRISTINA. ¿Que es ello?...

RICARDO. Una prueba de cariño. ¡Un abrazo!

CRISTINA. ¡Cómo!

RICARDO. No es mas que un pequeño anticipo á cuenta de lo demas.

CRISTINA. No doy nada á cuenta.

RICARDO. ¡Ingrata, así me niegas!...

CRISTINA. Así...

RICARDO. Pero, tonta, si nadie nos vé.

CRISTINA. (*Yéndose.*) Calla, que oigo pasos.

RICARDO. (*Aparte.*) Nécio de mí que me la dejó escapar.

CRISTINA. (*Desde la puerta.*) Jamás falto á mis palabras, juré no abrazarte, y hasta que no seas Doctor no hay novedad. (*Váse.*)

ESCENA IX.

BERMUDEZ, GARCÍA *y* RICARDO.

BERMUDEZ. (*A García á la puerta.*) ¡Caballero!

GARCÍA. (*Lo mismo.*) No, no, permítame usted.

BERMUDEZ. No, usted primero.

GARCÍA. No consentiré...

BERMUDEZ. Suplico á usted...

GARCÍA. No lo permito.

BERMUDEZ. (*Entrando.*) Está bien, entrando el último no me pierde de vista.

RICARDO. Voy á que me dé el dinero. (*Entra por la puerta que se fué Cristina.*)

BERMUDEZ. Ni los galafates que ha apostado á la puerta.

GARCÍA. Tiene usted una penetracion admirable, voy á avisar á San Roman. (*Viéndole entrar.*) Aqui está.

ESCENA X.

DICHOS *y* SAN ROMAN.

S. ROMAN. ¡Oh! amigo Bermudez, ¿usted por aquí?

BERMUDEZ. Siempre á sus órdenes, mi querido...

S. ROMAN. (*Interrumpiéndole.*) ¡Con qué al fin!...

BERMUDEZ. Sí, al fin, estoy aqui. Verdad es que nunca me imaginé que se me fuese á molestar en medio de un público, pero este caballero es tan eficáz...

GARCÍA. ¡Señor mio!...

S. ROMAN. ¿Pero cómo está aquí?

BERMUDEZ. ¿A usted le sorprende verme aquí cuando debía estar bajo llave?

S. ROMAN. Justamente.

BERMUDEZ. Hombre, que cadena magnética nos une; cómo adivino sus pensamientos de usted.

S. ROMAN. Sí, es prodigioso.

BERMUDEZ. Soberbio.

S. ROMAN. ¡Admirable!

BERMUDEZ. ¡Piramidál! Pero no perdamos tiempo, mi querido usu... que diantre siempre me equivoco, banquero, quiero proponer á usted una transaccion.

S. ROMAN. ¡Una transaccion! Esplíquese usted.

BERMUDEZ. Al punto. Usted me permitirá sentarme, porque seré algo difuso. (*Se sientan.*) Desde luego le advierto á usted que de ningun modo vaya á suponer que éste viaje á las prisiones del gobierno civíl tiene para mí nada de desagradable.

GARCÍA. Como ya no es la primera vez.

BERMUDEZ. Es cierto, procuro que esto suceda alguna vez que otra, pues siempre es introducir alguna variacion en esta monotona existencia. Luego que allí me proporciona emociones; pues como el método me mata y el recogimiento me agovia, procuro escaparme y ya sea por la puerta, por la ventana, por el suelo ó por el techo, el caso es que yo tomo las de Villadiego cuando menos se piensan. Cuando yo estaba en el colegio, nunca fuí una notabilidad en estudios científicos, pero en cuanto á gimnasia ninguno me ganaba, asi es que esto me vale para proporcionarme medios de evadirme. Sin embargo de esto, confieso que la prision de hoy me contraria bastante.

GARCÍA. ¡Lo siento mucho!

BERMUDEZ. Sí, pero no lo puede usted llorar. Diablo de acontecimiento. Crea usted que si me llega á prender esta ma-

ñana en un acceso de desesperacion, hubiera sido capáz de...

S. ROMAN. ¿De qué?

BERMUDEZ. De hacerle á usted perder el capital y los intereses.

S. ROMAN. (*Sobresaltado.*) ¡Cómo!

BERMUDEZ. Toma, emprediendo el camino del otro mundo, por medio de un cordel ensebado ó de una toma de arsénico.

S. ROMAN. ¡Diablo! y era muy posible.

BERMUDEZ. No, no tenga usted cuidado ya; soy un deudor que procuro por los bienes que se me prestan sobre la hipoteca de mi persona, á quien aquí para entre nosotros, profeso una profunda estimacion. Sí, amigo mio, yo me amo entrañablemente á mi mismo, pero tengo la desgracia de amar mucho mas á una mujer encantadora.

S. ROMAN. ¿A una mujer?

BERMUDEZ. Sí señor, ¡á una mujer! ¿quería usted qué me enamorase de un hombre? En todo caso, crea usted que no sería de usted, porque no tiene nada de seductor.

S. ROMAN. ¿Con qué está usted enamorado?

BERMUDEZ. ¡Cómo una golondrina!

S. ROMAN. ¡Hombre!

BERMUDEZ. Lo que se llama loco de amor. Figúrese usted que hace dos años encontré dos señoras en la calle de Jardines.

GARCÍA. Buenas serian las tales señoras.

BERMUDEZ. Palabra de honor, lo eran; pues que me cree usted tan topo que no conozca. Pues vale Dios que...

GARCÍA. Si usted está seguro...

BERMUDRZ. Pues como decia á ustedes, encontré dos señoras, la una como de unos diez y ocho años, encantadora; ojos árabes, pelo de azabache, un pié diminuto y una boca graciosísima. En fin, era lo que se llama una mujer divina. La que la acompañaba era el tipo opuesto, edad madura, por no decir vieja, naríz de papagayo,

cuello de cigüeña, dientes de javalí, pies incomensurables, ojos de mochuelo, en fin, era una verdadera dueña Quintañona. Me acerco á ellas, las dirijo muchas galanterías, muchos cumplidos á la vieja y muchísimas miradas á la jóven, todo lo de ordenanza, y al cabo de un cuarto de hora sabia sus nombres, su casa, las horas á que salian á misa y á paseo, en suma, cuanto deseaba saber...

S. Roman. ¿Y las ha vuelto usted á ver?

Bermudez. Si señor, al instante me puse en correspondencia con la jóven.

S. Roman. Y ella se ha mostrado esquiva.

Bermudez. Nada de eso, despues de un mes de nuestra correspondencia, y de cambio de retratos, consintió en darme una cita para una noche.

García. ¿Para por la noche?...

Bermudez. La casa daba á una calle desierta, su habitacion estaba en un piso entresuelo, y la noche era oscura como boca de lobo... escaló la reja que habia debajo del balcon, me introduzco en su habitacion y...

S. Roman. Se echó usted en los brazos...

Bermudez. (*Levantándose.*) De la infernal dueña... ¡de la vieja maldita! Todavía me dura el espanto. ¡Qué dientes aquellos! ¡qué cuello! ¡qué ojos! ¡qué naríz! y que todo tan horripilante.

S. Roman. ¡Já! ¡já! ¡já!

Bermudez. Y la pícara marmota estaba en enaguas.

García. ¡Lindísimo retablo!

Bermudez. ¡Ay! en el entusiasmo de mi pasion conté una reja por otra y equivoqué las hnbitaciones.

S. Roman. Dios proteje la inocencia.

García. ¿Y qué dijo despues la niña?

Bermudez. Nada, porque desde entonces no la he vuelto á ver. Sea efecto de la casualidad ó sea venganza de la vieja por el respeto con que la traté, el caso es que me he tenido que consolar con mirar el retrato muchísimo

tiempo. Ayer noche por último, la he vuelto á encontrar, gracias al amigo San Roman.

S. ROMAN. ¿A mí?

BERMUDEZ. Sí, porque ayer en el teatro del Príncipe, cuando me preparaba á saludar á usted segun costumbre, me dió la gana de dirigir mis gemelos á un palco bajo y la ví, mas encantadora, mas hechicera que el primer dia que la conocí.

GARCIA. ¿Estaba sola?

BERMUDEZ. No, la acompeñaba otra señora.

S. ROMAN. ¿La dueña.?

BERMUDEZ. No, otra encantadora jóven de quien he tomado acta.

GARCIA. ¡Qué libertino!

BERMUDEZ. Lo que es en aquel instante no pensé mas que en ella. Me lanzé á los palcos, abrí el suyo y al entrar la vi ponerse pálida, conmovida...

S. ROMAN. ¿Le conoció á usted?

BERMUDEZ. Si me ama todavia, no lo puedo dudar. Cuando la empezaba á dar mil quejas, esclamó de repente, ¡mi marido, Dios mio, mi marido viene!

S. ROMAN. ¿Con que está casada?

BERMUDEZ. Si, con algun imbécil; los maridos sor siempre unos imbéciles.

S. ROMAN. Mil gracias.

BERMUDEZ. No hay de que, esa es cualidad inherente al estado. Luego prosiguió; ¡márchese usted por piedad, no quiera comprometerme! ¿y no la he de volver á ver á usted? Pues bien, mañana iré á las carreras de caballos. ¿Me lo promete usted? Se lo juro, Ramiro.

S. ROMAN. ¡Ramiro!

GARCIA. ¡Ramiro!

BERMUDEZ. Ese es mi nombre de pila. ¿Qué tiene de particular que así les estraña á ustedes?

S. ROMAN. Nada, es un bonito nombre.

BERMUDEZ. No hubiera yo elegido ese precisamente, pero es el de

mi padrino M. Ramiro Monfront, escelente sugeto á quien nunca he visto.

S. ROMAN. ¿Monfront?...

GARCIA. ¿Nuestro corresponsal de Lóndres?

S. ROMAN. ¡Es un hombre millonario! Tiene usted un gran padrino.

BERMUDEZ. No sé los piés de estatura que mide... Tal vez será pequeñuelo y mala facha. Apuesto cualquier cosa á que está usted calculando su testamento. Pero volvamos á mi asunto; despues de haber estado en las carreras, deben ustedes suponer que será muy poco agradable...

S. ROMAN. El ir á una prision, ¿no es eso?

BERMUDEZ. Justamente, y por lo tanto les vengo á hacer una proposicion...

GARCIA. ¿Cuál?

BERMUDEZ. Si emprenden ustedes las hostilidades durante quince dias...

S. ROMAM. ¡Qué!

BERMUDEZ. Doy mi palabra de entregarme á discrecion, pasado ese plazo.

GARCÍA. ¡Están verdes!

BERMUDEZ. Palabra de honor.

S. ROMAN. Las palabras las lleva el viento.

BERMUDEZ. ¡Diantre de gente y que positivistas que son! Yo daré una fianza.

S. ROMAN. ¿Cuál?

BERMUDEZ. La herencia de mi padrino.

S. ROMAN. ¿A quien no conoce? No esta mal pensado.

BERMUDEZ. Yo le firmaré á usted una letra...

S. ROMAN. Adelante... (*Aparte.*) ¿Si cobraré mis veinte mil del pico?

BERMUDEZ. Y á cuenta de ella entregaré en el acto diez mil reales; ¿acomoda?

S. ROMAN. ¿Y en qué moneda?...

BERMUDEZ. En billetes del Banco...

S. ROMAN. ¡Si son de ley!...

BERMUDEZ. ¿Tengo yo cara de falsificador?...

S. ROMAN. ¡Oh! nada de eso...

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Estaba seguro de conseguirlo; á esta gente en tocándola cierta cuerda... (*Le dá algunos billetes.*)

S. ROMAN. No crea usted que yo lo hago por el dinero...

BERMUDEZ. ¡Lo creo! (*Mira el reloj.*) La una ya... ¿Si se habrá cansado de esperar mí compañero de carreras? ¿No conoce usted á Bucéfalo?

S. ROMAN. ¿El caballo de Alejandro? Dicen que era un soberbio animal.

BERMUDEZ. No hablo de ese, ¡dónde estará ya el pobre! Es de un homónimo suyo, el primer caballo de Europa para saltar ballas... solo que tiene el defecto de tirar al ginete y lleva ya muertos cuatro. Por lo demas, es un caballo admirable, y si no hace conmigo lo que con los otros, voy á adquirir la fama de primer ginete del mundo.

S. ROMAN. Usted me tendrá por un cafre despues de lo que he hecho. (*Acompañándole.*)

BERMUDEZ. (*En el fondo.*) Nada de eso, lo tengo á usted por lo que es, por un usu... ¡digo banquero! (*Vase.*)

S. ROMAN. (*Volviendo á la escena.*) Siempre bromista.

GARCÍA. ¿Se marchó Bermudez? (*Yéndose por el fondo.*)

S. ROMAN. ¿Dónde va usted tan ligero?

GARCÍA. A avisar á mis gentes, pues como no tienen contraórden lo van á detener.

S. ROMAN. No seria mal chasco despues de...

GARCÍA. Los mandaré retirar y vuelvo al punto. (*Vase.*)

S. ROMAN. Vaya usted con Dios.

ESCENA XI.

S. ROMAN, *luego* CRISTINA *con una carta.*

S. ROMAN. Vamos, que no he salido mal, se han pescado diez mil realitos á poca costa y sin que esto obste, para que

dentre de quince dias le ponga Garcia á buen recaudo.

CRISTINA. (*Entrando.*) Tio, acaban de traer esta carta para usted.

S. ROMAN. ¡De Lóndres! y viene de luto, ¿qué significará? (*Lee sin que Cristina que se ha puesto á bordar le oiga.*) «Amigo mio: con el mayor sentimiento anuncio á usted la muerte de M. Ramiro Monfront. (*Interrumpiéndose.*) ¿Será posible que se haya muerto un hombre tan rico? (*Continúa.*) Al mismo tiempo me cabe la satisfaccion de anunciarle, que no le ha olvidado en su testamento. (*Deteniéndose.*) Pobrecito, ¡Dios le haya dado su santa gloria! Y agradecido, segun dice, á los muchos favores que le ha prestado usted, le deja la mitad de una renta vitalicia que tiene á favor de un español en una de las sociedades de seguros sobre la vida en Francia. Esta renta, por las bajas habidas, asciende á doscientos cuarenta mil reales anuales.» (*Deteniéndose.*) ¿Será cierto?... ¡Cristina! ¡Cristina!...

CRISTINA. (*Acudiendo.*) ¿Qué quiere usted, tio?

S. ROMAN. ¿Cuánto es la mitad de doscientos cuarenta mil?

CRISTINA. ¡Vaya una pregunta! ciento veinte mil.

S. ROMAN. ¿Estás segura?

CRISTINA. (*Riéndose.*) Pues bueno es eso...

S. ROMAN. ¡Justo! ¡justo! Sino que la alégría, la sorpresa, el placer, la gratitud, en fin, todas las emociones que asaltan mi corazon en tropel...

CRISTINA. ¿Pero qué trae esa carta que tanto le trastorna á usted?

S. ROMAN. Esa carta, sobrina mia, es el nuncio de una gran felicidad. ¡Oh hija mia! Tú no sabes el bien que la civilizacion está haciendo á la humanidad, qué empresas tan filantrópicas se forman, y qué série de bienes reporta la asociacion comanditaria.

CRISTINA. ¿Pero no me esplicará usted?

S. ROMAN. Nada mas fácil... tú tienes dos ó tres años...

CRISTINA. Pero si he cumplido diez y ocho años el mes pasado.

S. ROMAN. Ya lo sé, era una hipótesis para esplicarte... Don Ra-

miro Monfront (q. e. p. d.) pone sobre tu vida á nombre suyo por supuesto, una cantidad cualquiera que entra á formar parte de una série de individuos asegurados.

CRISTINA. ¿Y bien?...

S. ROMAN. Los seguros de esa série van doblando á medida que mueren los individuos que estaban inscritos en ella.

CRISTINA. ¡Qué lástima que se mueran!

S. ROMAN. Al contrario, dichosa tú mil veces porque estás buena y eres jóven.

CRISTINA. Ya lo creo.

S. ROMAN. Los demás que se mueran, eso es lo que es necesario; pues de este modo tu renta vitalicia dobla, triplica, cuadruplica y al cabo de algunos años proporciona á don Ramiro Monfront una mina que le dá sesenta, ciento veinte, ó doscientos cuarenta mil reales, segun las bajas. Ya ves que esto es soberbio.

CRISTINA. Y dígame usted, tio, es cierto que ha puesto ese don Ramiro alguna cantidad sobre mi vida.

S. ROMAN. No, hija mia, era la continuacion de la hipótesis.

CRISTINA. (*De mal humor.*) Vaya.

S. ROMAN. (*Concluyendo la carta.*) «El español de que hablo es un jóven que tal vez conocerá usted; se llama don Ramiro Bermudez y era ahijado del difunto.» (*Parándose.*) ¡Bermudez! El es, ¡qué dicha, un jóven lleno de vida, de salud! ¡Oh! le trataré bien, le haré que sea muy juicioso.

CRISTINA. Pero tio, ¡está usted desatalentado!

S. ROMAN. (*Sin oirla.*) ¡Y si un accidente imprevisto!... ¡Dios mio! ya no me acordaba, y si Bucéfalo... ¡No lo quiera el Cielo!

CRISTINA. Ese Bucéfalo, ¿es algun amigo de usted?

S. ROMAN. No por cierto, es un caballo, una bestia maldita que tiene la costumbre de matar á sus ginetes. ¡Ay! ¿si me matará mi renta? Mira Cristina.

CRISTINA. ¿Qué, tio?

S. ROMAN. ¡Corre, hija mia!
CRISTINA. Pero, ¿á dónde tio?
S. ROMAN. Corre y dile.
CRISTINA. ¿Pero á quién?... ¿Dónde?
S. ROMAN. (*Muy agitado.*) O si no, nada, yo mismo iré. (*Entra Garcia.*) ¡Oh! Garcia, ¡amigo mio! ¡Qué felicidad! ¡Qué placer!

ESCENA XII.

DICHOS, GARCIA.

GARCÍA. (*Riendo.*) Que cabeza la del tal Bermudez. Es lo mas atolondrado que he visto en mi vida.
S. ROMAN. Diga usted, ¿es tiempo aun?
GARCÍA. ¿De qué?
S. ROMAN. ¿Está todavia abajo nuestra gente?
GARCÍA. Si.
S. ROMAN. Pues entonces vaya usted á detenerle.
GARCIA. ¿A quién?
S. ROMAN. ¡A Bermudez, á don Ramiro!
GARCÍA. ¿A Bermudez? A buena hora... ¡Sabe Dios donde estará!
S. ROMAN. ¿Habla usted de veras?
GARCÍA. Tan de veras, cuando bajé estaba ya el caballo á la puerta...
S. ROMAN. ¿Era Bucéfalo?
GARCÍA. Ese nombre le dió al montar.
S. ROMAN. ¿Y qué?
GARCÍA. Que animal tan brioso...
S. ROMAN. Hombre, me está usted asesinando.
GARCÍA. En cuanto bajó, montó á caballo, el cual, no bien sintió el ginete cuando salió como un rayo... Milagro será que no le suceda alguna desgracia...

S. ROMAN. (*Vacilando.*) ¿Qué dice usted? ¡Garcia! amigo mio.
GARCÍA. ¿Qué tiene usted?
S. ROMAN. No hay duda, le va á matar y me quedo sin mi renta. ¡Dios mio! ¡Salvadle! (*Cae en un sillon anonadado; Garcia y Cristina le rodean.*)

ESCENA XIII.

DICHOS *y* DOÑA ROSA.

DOÑA ROSA. ¡Pobre jóven! ¡Es una lástima!
S. ROMAN. (*Levantándose.*) ¿Qué es eso?
DOÑA ROSA. Un pobre muchacho que ha dado una atroz caida de un caballo.
S. ROMAN. ¿De Bucéfalo?
DOÑA ROSA. Justo, asi se llama el animal.
S. ROMAN. ¡Dios mio! Corramos, ¡aun será tiempo! ¡Bestia de mí que no le he detenido! (*Vase por el fondo.*)
DOÑA ROSA. ¿Pero qué es?
GARCÍA. (*Tomando su sombrero y el de San Roman.*) ¡Eh! ¡eh! El sombrero, ¡que se va usted sin sombrero! ¿Está loco ese hombre? (*Sale por el fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

García *sentado junto á la mesa hojeando papeles*, y San Roman, *saliendo de su cuarto.*

S. Roman. ¡Pobre Bermudez!... ¡Qué golpe tan atróz y en la cabeza!...

García. ¿En la cabeza, éh? (*Riendo.*) Eso no es malo, asi se le sentarán los cascos.

S. Roman. ¡Vá á perder la razon, y el médico sin venir! Qué, y cuando venga ya no será tiempo.

García. ¿Pero usted crée, qué?...

S. Roman. Ay, amigo mio, es tal mi suerte que tendrá valor de morirse; ¿y cuándo? en el momento que mi porvenir depende de su vida.

García. No hay que desesperar, pronto se aliviará.

S. ROMAN. ¿Lo crée usted así? ¿Opina usted que no se morirá?

GARCIA. Bá, ¡por esa futesa!

S. ROMAN. Ay, me vuelve usted el alma al cuerpo. (*Con misterio.*) Usted no sabe lo que me interesa la vida de ese jóven; si muriese perdería una inmensa renta vitalicia.

GARCIA. (*Levantándose.*) ¿Una renta vitalicia?

S. ROMAN. Y si sana...

GARCIA. Ya comprendo, lo ponemos al instante en seguridad... En el Saladero, por ejemplo...

S. ROMAN. ¡En el Saladero! ¡despues de lo qué nos dijo que haria! ¡Obligarle tal vez á que remate!...

GARCÍA. ¡Cá! Todos dicen lo mismo el primer dia, y luego se acostumbran poco á poco...

S. ROMAN. No, no, de ningun modo... quiero tenerle aquí, en mi casa, á mi lado, noche y dia y sin perderle de vista; ese hombre es una joya inapreciable.

GARCÍA. (*Aparte.*) ¡Vaya un capricho!

S. ROMAN. Cómo le cuidaré, como le mimaré. Comerá alimentos sanos y nutritivos, le haré que se divierta, pero en cosas lícitas y en distracciones poco agitadas... El Teatro, esto no daña y deleita enseñando... nada de cacerías, ni de carreras de caballos, ni mucho menos de queridas, yo le buscaré una jóven linda y juiciosa que le inspire una pasion dulce y tranquila y con la cual se case.

GARCÍA. Vamos á ver, ¿y me quiere usted decir, por qué es todo eso?

S. ROMAN. Por qué, ¿por qué? Hombre, porque en este instante quiero á ese hombre tanto como á mi persona. ¡Qué! más, ¡infinitamente más!

GARCÍA. No lo entiendo.

S. ROMAN. Creo que se queja.

GARCÍA. No, creo que es Celin, que gruñe.

S. ROMAN. No, no. Voy á ver como está.

GARCÍA. Pero...

S. ROMAN. Chist... (*Entra en su habitacion.*)

ESCENA II.

GARCÍA, *despues* RICARDO.

GARCÍA. ¡Cosa mas rara! Vaya un interés que ha tomado por ese mozo. Verdad es que la caida ha sido mayúscula, ¡Tiene unos bríos el tal Bucéfalo!... Sin embargo, yo creo que hay aqui algo de maula ó mucho me engaño... Si es cierto y por desgracia muriese, el pobre San Roman se quedaría tocando tabletas... Lo que es por mí, lo sentiría, como debe sentirse la desgracia de un prógimo.

RICARDO. (*Entrando.*) ¡Doctor! Querido tio, ya soy Doctor.

GARCÍA. ¿Quién?

RICARDO. ¡Yo!

GARCÍA. ¿Usted?

RICARDO. Si señor, por unanimidad de votos.

GARCÍA. Me alegro, ha venido usted como pedrada en ojo de boticario.

RICARDO. ¿Pues qué sucede?

GARCÍA. Que le voy á usted á proporcionar un enfermo.

RICARDO. ¿Un enfermo? ¡qué felicidad!

GARCÍA. ¡Oh!.y cosa peliaguda, con ella se hace usted hombre en un dos por trés.

RICARDO. ¿Con la cosa?

GARCÍA. Pues, con la cura de esa cosa.

RICARDO. ¡Hombre, usted me hace dichoso!

GARCÍA. Yo creo que logrará usted á poca costa... (*Con misterio.*) Y en cuanto á la paga, ¡úf!

RICARDO. ¿Dónde se halla? Dígame usted las señas de su casa.

GARCÍA. (*Señalando la habitacion de San Roman.*) Allí.

RICARDO. ¡Cómo! ¿en el cuarto de mi tio? Acaso él...

GARCÍA. Ea, señor Doctor, manos á la obra y cumpla usted con su deber (*Váse.*)

ESCENA III.

RICARDO.

Vamos, está visto, la suerte me proteje, ya tengo un enfermo, de cuya curacion puedo sacar honra y provecho. Ahí es nada, ¡mi primer enfermo! (*Paseándose.*) ¡Oh! como logre curarle adquiriré un gran renombre, asi al menos me ha dicho García. Y le curaré, sin remedio, ¿qué duda admite?

ESCENA IV.

EL MISMO Y SAN ROMAN.

S. ROMAN. (*Saliendo de puntillas.*) ¡Eh! ¡silencio! ¿á qué viene tanto taconeo?

RICARDO. Tio, vengo á...

S. ROMAN. ¿A pedirme otra vez el dinero del grado?

RICARDO. No por cierto, vengo á ver á ese enfermo. Yá soy Doctor.

S. ROMAN. ¿De veras?

RICARDO. Si señor, todas las bolas han sido blancas.

S. ROMAN. Pues llegas á ocasion oportuna. ¡Qué caida!

RICARDO. ¡Una caida!

S. ROMAN. Sí; y el golpe le llevó en la cabeza.

RICARDO. ¿En la cabeza?... ¡qué dicha!

S. ROMAN. ¡Cómo! ¿qué has dicho?

RICARDO. ¡Oh! se salvó sin remedio, justamente mi disertacion ha sido sobre ese punto. *De ictibus capitis.*

S. ROMAN. ¿Con qué se salvará?

RICARDO. A menos que no sea mortal el golpe.

S. Roman. ¡Mortal! No me digas eso, te lo prohibo.

Ricardo. Decia yo al tribunal de medicina hace poco. (*Declamando.*) Si el cerebro no está solamente alterado por la violencia del golpe; si la caja huesosa del cráneo, al romperse ha interesado al mismo cerebro...

S. Román. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ESCENA. V.

Dichos, Bermudez.

Bermudez. (*Saliendo de la habitacion de San Roman, se dirije al fondo de puntillas y dice aparte.*) Ahora que estoy solo, veré si puedo escaparme.....

S. Roman. (*Viéndole.*) ¡Qué veo! Bermudez...

Bermudez. ¡Adios!

S. Roman. (*Deteniéndole.*) ¡Imprudente! ¿qué vá usted á hacer?

Bermudez. Me hallo mal en la cama, y he querido mudar de posicion.

Ricardo. (*Bajo á su tio.*) ¡Mal síntoma!

Bermudez. ¿Qué dice ese jóven?

S. Roman. ¡Oh! nada, es mi sobrino... Doctor en medicina.

Bermudez. (*Aparte.*) ¡Un médico! me pilló.

S. Roman. No crea usted que viene por verle... la casualidad solamente. (*Aparte.*) Conviene no asustarle. (*Alto.*) Pero una vez que está aqui, no sería malo que le pulsase.

Bermudez. ¡Diablo!

S. Roman. Vamos. (*Acercándole un sillon.*) Mejor será que se siente usted aqui, el movimiento le vá á poner malo. (*Se sienta.*)

Bermudez. (*Aparte.*) De fingirlo voy á estarlo de veras.

Ricardo. ¿Haber la mano? (*Le pulsa.*) ¡El pulso está agitado!

Bermudez. ¿De veras?

Ricardo. La piél seca y ardiente.

S. ROMAN. (*Aparte.*) No me llega la camisa al cuerpo.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Me he salvado, el tal Doctor es un gaznápiro como la mayor parte de ellos.

RICARDO. ¿Tendrá usted muchos dolores?

BERMUDEZ. Sí, en los riñones... y en la cabeza de cuando en cuando.

RICARDO. Ya lo creo, ¿y desfallecimiento?

BERMUDEZ. En todos los miembros. (*Aparte.*) Allá va otra.

RICARDO. ¡Magnífico! ¿y dónde se manifiesta más?

BERMUDEZ. En el estómago. (*Aparte.*) Como que tengo un hambre que no veo.

RICARDO. (*A su tio.*) Todos los síntomas espuestos en mi disertacion *de ictibus capitis.*

S. ROMAN. ¿Y qué hacemos con él?

RICARDO. Soy de opinion que se le sangre inmediatamente. ¡Una sangría de treinta ó cuarenta onzas!....

BERMUDEZ. (*Aparte.*) ¡Antropófago! ¡pues me gusta la broma! (*Alto.*) Un momento, Doctor, ¿qué hora es?

RICARDO. Las siete cerca.

BERMUDEZ. ¡Cielos! Pues señor, débo marcharme.

S. ROMAN. ¡Cómo!

RICARDO. Empiezan las manías.

BERMUDEZ. ¡La postura del sol me encanta!

RICARDO. (*A su tio.*) Está malo de cuidado.

S. ROMAN. ¿De veras?

RICARDO. Vamos, es preciso que se acueste usted inmediatamente, así se podrá usted curar mas pronto.

BERMUDEZ. Que bondad. (*Levantándose.*) ¡Ni qué droga! (*Tropieza con San Roman.*)

S. ROMAN. (*Aparte.*) En poco me tira. (*Alto.*) ¿Qué tiene usted, amigo mio?

RICARDO. La fuerza de la fiebre.

S. ROMAN. Dios mio, ese hombre se ha propuesto perderme.

BERMUDEZ. ¡Qué fiebre, ni que niño muerto! Vaya usted á paseo con su medicina. (*Dán las siete.*)

RICARDO. Ya empieza el delirio.

BERMUDEZ. Las siete, ¡Dios mio! ¡y yo que tenia que ir á casa del baron de Santa Engracia á ensayar con su hermanita una polka mazourka deliciosa!...

S. ROMAN. ¿Pero en qué está pensando?

RICARDO. Nada, eso es que tiene un delirio atróz; pero es un síntoma magnífico.

BERMUDEZ. Si señor, tengo esa cita, ¡y por ella mando al diablo á los usureros, á sus agentes y á los médicos.

RICARDO. El delirio arrecía, ya se vé, el golpe le ha trastornado completamente.

BERMUDEZ. Dale con el golpe... pero ustedes han creido de buena fé que yo...

RICARDO. Pero...

BERMUDEZ. Amigo mio, usted será un escelente sobrino, todo lo que se quiera, pero permítame que le diga que es un pobre hombre.

RICARDO. ¡Caballero!

S. ROMAN. ¿Pero de veras ha sido broma?

BERMUDEZ. ¡Y tan broma!

S. ROMAN. Vamos, es usted el diablo, ¡darme un susto semejante!

BERMUDEZ. ¡Dolor de cabeza, calentura! todo ha sido pura invencion, escepto la caida, solo que yo nunca me hago daño porque he aprendido á caer de un modo particular.

S. ROMAN. (*Entre los dos á su sobrino.*) Y este necio con su delirio, y sus derrames al cerebro...

RICARDO. (*Confuso.*) Yo, tio...

BERMUDEZ. Y la sangría era floja.

RICARDO. Pero...

BERMUDEZ. Es usted discípulo del Doctor Sangredo...

S. ROMAN. Y mucho, ¡*de ictibus capitis*!

RICARDO. Yo le aseguro á usted...

BERMUDEZ. ¿Qué tengo roto el cráneo?

RICARDO. No señor, pero si tal hubiera sucedido...

BERMUDEZ. Ya estaría en el otro mundo.

S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Ay! no lo quiera el cielo ni en cien siglos, al menos mientras yo viva.

RICARDO. Desde luego que sí.

BERMUDEZ. (*Riéndose.*) ¡Já, já, já!

S. ROMAN. ¡Já, já, já! Anda, estudia, estudia *de ictibus capitis*, hijo mio, que buena falta te hace.

BERMUDEZ. Tiene razon su tio de usted, ¡no le vendrá mal, y sobre todo á los enfermos que tengan la desgracia de caer en sus manos! (*Aparte.*) ¡Pobre humanidad con tales doctores!

RICARDO. (*Incomodado.*) Caballero, yo no puedo permitir...

BERMUDEZ. ¿Qué los enfermos tengan el atrevimiento de sanar y de no morirse? Ya lo comprendo.

RICARDO. ¡Oh! esto es insufrible. (*Vá hácia él y le detiene su tio.*)

S. ROMAN. Desgraciado, ¡qué haces! Amenezas al mejor amigo de tu tio?

RICARDO. Es que me insulta, y yo no tolero...

S. ROMAN. ¡Vete! ¡vete! ¡Tu presencia me indigna!

BERMUDEZ. Déjele usted, sino yo le daré un buen repaso y sabrá por esperiencia algo de *ictibus capitis.*

S. ROMAN. Marcha, marcha de aquí ó... ¡te desheredero! (*Le dá un empellon y le hace salir.*)

RICARDO. ¡Pero, tio!

S. ROMAN. Fuera, sobrino desnaturalizado.

ESCENA VI.

BEMMUDEZ *y* SAN ROMAN.

BERMUDEZ. ¡Pobre chico! me quiere matar, ya se vé, es médico, y pretende demostrarnos que sabe su obligacion.

S. ROMAN. ¿Con que de veras está usted bueno?

BERMUDEZ. Sí.

S. ROMAN. ¿Está usted seguro de ello?

BERMUDEZ. Hombre, si yo no lo sé...

S. ROMAN. Entonces, venga un abrazo.

BERMUDEZ. (*Rechazándole.*) ¿Abrazarle á usted despues de lo qué ha hecho conmigo?

S. ROMAN. Sí, yo...

BERMUDEZ. Obligarme á faltar á una cita...

S. ROMAN. Yo lo siento...

BERMUDEZ, ¡Y qué cita! La mujer mas hechicera de Madrid, á quien en vano he buscado tanto tiempo, y á quien Dios sabe cuando volveré á ver.

S. ROMAN. Si usted me dejase decirle...

BERMUDEZ. Lo único que me podria decir es, que ha obrado muy villanamente conmigo.

S. ROMAN. Pero, permítame usted.

BERMUDEZ. Por lo tanto, no quiero nada con usted, le retiro mi proteccion, hoy me vé usted por la vez postrera. (*Va á salir y vuelve.*) ¡Ah! Le advierto á usted que ya no le pediré ni un cuarto. (*Al irse ve á Doña Rosa que sale de su cuarto.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y* DOÑA ROSA.

BERMUDEZ. (*Sorprendido.*) Que veo, ¡es ella!

DOÑA ROSA. (*Aparte.*) ¡El aquí!...

S. ROMAN. ¡Mi esposa!

BERMUDEZ. Su esposa de usted.

S. ROMAN. Si señor, mi esposa, Doña Rosa Tobar de San Roman!...

BERMUDEZ (*Saludando.*) ¡Señora!

DOÑA ROSA. (*Lo mismo.*) ¡Caballero!

S. ROMAN. Este jóven, es uno de mis mejores amigos, el cual tendrá la amabilidad de pasar la noche con nosotros.

BERMUDEZ. ¿Cómo?

S. ROMAN. Mi esposa tendrá un gran placer. ¿No es cierto, Rosita mia? (*Aparte.*) Di que sí.

DOÑA ROSA. Es cierto que tendria un gran placer...

BERMUDEZ. Puesto que esta señora me dispensa el honor de...

S. ROMAN. No esparaba yo menos de su galantería de usted; que noche tan deliciosa vamos á pasar los tres.

DOÑA ROSA. Siento infinito no poder participar de ese placer.

BERMUDEZ. (*Aparte*). ¡Cielos!

S. ROMAN. ¿Y por qué?

DOÑA ROSA. ¿No sabes que son los dias de mamá?

S. ROMAN. Cierto, pero por un dia...

DOÑA ROSA. Eso no puede ser, ya sabes que es imposible el dejar de ir.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Que fatalidad la mia. (*Alto.*) Señora...

S. ROMAN. Asi desairas á mi amigo.

DOÑA ROSA. Es inútil que insistas; además, tengo que ver á Carolina.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) ¡Qué oigo!

DOÑA ROSA. (*Lo mismo.*) Si pudiese hablarle un instante...

S. ROMAN. (*Yéndose al fondo.*) Diablo de cumplidos cuando ya le iba á aprisionar, que caprichosas son todas las mujeres.

DOÑA ROSA. (*Bajo á Bermudez.*) ¡Esta noche vamos al baile de Villahermosa!

BERMUDEZ. (*Lo mismo.*) Está bien, no faltaré.

DOÑA ROSA. (*Idem.*) Irémos los dos.

S. ROMAN. (*Volviendo,*) ¿Con qué al fin te empeñas en abandonarnos?

DOÑA ROSA. Lo siento en el alma, pero es preciso. (*A Bermudez.*) Caballero, espero tener el gusto de volverle á vér.

BERMUDEZ. El gusto y el honor serán siempre mios, señora. (*Saluda doña Rosa y se vá por el fondo.*)

ESCENA. VIII.

BERMUDEZ *y* SAN ROMAN.

BERMUDEZ. ¡Tiene usted una mujer encantadora!

S. ROMAN. Tengo esa satisfaccion, amigo mio. (*Aparte.*) ¿Cómo

tendría á este hombre? (*Alto.*) Una vez que estamos solos...

BERMUDEZ. ¿Qué?

S. ROMAN. Que puesto que nos han abandonado, no sería malo que comiésemos juntos. ¿Le disgusta á usted la idea?...

BERMUDEZ. Ché...

S. ROMAN. Tendrémos una gran mesa.

BERMUDEZ. En ese caso...

S. ROMAN. Una comida á la francesa...

BERMUDEZ. Corriente, si usted se empeña en obsequiarme...

S. ROMAN. Decididamente.

BERMUDEZ. ¿Sabe usted que eso vá á dar que hablar hasta á la prensa? El acontecimiento es de lo mas nuevo que puede verse. ¡San Roman y Bermudez comiendo juntos en una fonda, y siendo pagano el primero!

S. ROMAN. ¿En la fonda? No, mejor es aquí.

BERMUDEZ. No tengo inconveniente, si la comida viene de casa de Lardy.

S. ROMAN. (*Yendo á la mesa.*) Se traerá lo que usted quiera.

BERMUDEZ. ¡Supongo que el precio no le arredrará!

S. ROMAN. Nada, nada, de eso cuido yo. (*Aparte.*) Algo caro me costará, pero conseguiré mi objeto.

BERMUDEZ. Un ciento de ostras para abrir el apetito.

S. ROMAN. (*Escribiendo.*) Ya creo que está bien abierto.

BERMUDEZ. Dos ó tres sopas... pepitorias, pescados frescos de los mas finos, timbal, pastel de hígado de aves, cabrito en salsa, salmí...

S. ROMAN. ¿Dónde diablos vamos á sepultar tanto bódrio?

BERMUDEZ. Postres de todas clases.

S. ROMAN. Dios quiera que no nos dé una indigestion.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) De esta hecha dá un estallido. (*Alto.*) No hay que temer nada cuando estos manjares se riegan de cuando en cuando con escelentes vinos. Burdeos á la comida, y Champagne y Jeréz á los postres son los únicos que yo bebo.

S. Roman. ¿Y cuanto se necesita?

Bermudez. Dos botellas de cada clase. Conviene no escederse.

S. Roman. Tiene usted razon, nada de escesos. ¡Cristina, Cristina! (*Llamando.*)

ESCENA IX.

Los dichos *y* Cristina.

Cristina. ¿Qué quiere usted, tio?

S. Roman. (*Dándole el papel.*) Toma y qué vaya el muchacho inmediatamente con este papel á casa de Lardy...

Cristina. Está bien.

S. Roman. Que diga que vá de mi parte y de la del Sr. de Bermudez, así le servirán mejor. Que no se le olvide.

Cristina. Está bien, se lo encargaré. (*Váse y Bermudez la acompaña hasta la puerta.*) ¡Qué jóven tan fino!

ESCENA X.

Bermudez *y* San Roman.

Bermudez. (*Volviendo.*) Vamos, que tiene usted la casa hecha un serrallo. Que linda es la sobrinita...

S. Roman. ¡No es desgraciadilla!

Bermudez. ¡Cómo desgraciada! Es escantadora, qué gracia, qué gentileza, ya puede llamarse feliz el que logre...

S. Roman. (*Aparte.*) ¡Está visto, estos cabezas desechas son los mas enamorados!

Bermudez. Amigo mio, (*se sienta*) con la caida y la dieta estoy desfallecido.

S. Roman. ¡Oh! Pronto saldrá usted de ese cuidado. ¿Con que le

gusta á usted Cristina? Pues á mí no me parece gran cosa.

BERMUDEZ. Hombre, que poco conoce usted lo bello, esa jóven es lindísima.

S. ROMAN. ¡Oh! Lo mejor que tiene es el carácter... ¡Tan dócil, tan amable!...

BERMUDEZ. ¡Ola! ¡Ola! ¿Con que dócil y amable? (*Aparte.*) ¡Qué buena invencion la de las butacas! (*Estendiendo las piernas.*) ¡Está uno tan cómodo!

S. ROMAN. (*Apoyándose en el respaldo.*) ¿No ha pensado usted nunca en casarse?...

BERMUDEZ. (*Contemplándole.*) ¿Yo?... Vaya una pregunta. ¿Por quién me ha tomado usted? Cree usted que yo vaya á aumentar el infinito número de los ... No, no quiero pasar al estado de hombre salvaje. (*Aparte.*) En esta clase de asientos se duerme uno aunque no quiera.

S. ROMAN. El estado de casado, es el estado perfecto del hombre. Además, usted pasa ya de los veinticinco años, y por consiguiente no debe hacer locuras...

BERMUDEZ. (*Medio dormido.*) ¡Ah!... ¿Quiere usted, quizá hacerme entrar en el gremio?

S. ROMAN. ¿Y por qué no? El hombre que vive solo, está espuesto el dia que caiga enfermo á verse en un completo abandono. Es necesario que usted busque una jóven juiciosa, trabajadora, y la dé su mano: mi sobrina Cristina, por ejemplo. (*Bermudez ronca.*) ¿Qué tal, digo bien? (*Bermudez ronca mas fuerte.*) ¿Pues no se ha dormido? Mi proposicion y mis consejos han producido un efecto soberbio.

ESCENA XI.

DICHOS *y* CRISTINA.

CRISTINA. Tio...

S. ROMAN. Habla bajo, está durmiendo. ¿Y la comida?

CRISTINA. El fondista ha dicho que dentro de un momento estará

servida, pero que si es para el señor Bermudez, es preciso que satisfaga antes esta cuenta.

S. ROMAN. ¡Diablos de calaveras! Será preciso arreglar este asunto. (*Va á marcharse y Cristina le sigue, pero él la detiene.*) No, no, quédate tú, pero no metas bulla.

CRISTINA. ¿Cómo, quedarme yo sola con un desconocido que duerme?...

S. ROMAN. Razon de mas. Eso no tiene nada de particular, y el principal deber de una mujer es velar á su marido.

CRISTINA. ¿Mi marido?

S. ROMAN. Si, marido en perspectiva... Te tengo preparada una gran sorpresa.

CRISTINA. Pero tio...

S. ROMAN. Todavía no es tiempo de espontanearse; ya verás, ya verás lo que te quiere tu tio. (*Entra en su habitacion.*)

ESCENA XII.

CRISTINA, BERMUDEZ, *luego* RICARDO.

CRISTINA. ¡Mi marido un hombre á quien conozco apenas! ¡Oh! Jamás, se engañan si han creido que podria faltarle á mi Ricardo.

RICARDO. (*Desde el fondo.*) Cristina, ¿estás sola?

CRISTINA. Si, digo, no, porque está aquí durmiendo Bermudez.

RICARDO. (*Entra.*) Eso no importa, mientras se duerme no se oye, esto nos lo enseña la medicina. (*La butaca donde está Bermudez queda entre los dos.*)

CRISTINA. ¿Pero y si despierta? ¿No sabes que mi tio me quiere casar con él?

RICARDO. Con Bermudez, ese será un motivo mas del ódio que profeso á ese hombre. ¡Oh! Le detesto y voy á...

CRISTINA. (*Conteniéndole.*) ¡Oh! No, no te meterás con él, eso sería perderme sin adelantar nada.

RICARDO. ¿Y si el tio se empeña?...
CRISTINA. Fia en mí... Te amo lo suficiente para que sus deseos no se realicen. Ahora vete, pues si viene el tio y te vé...
RICARDO. Te obedezco, ¿pero y lo prometido?...
CRISTINA. No es ahora ocasion de eso... Otro dia.
RICARDO. No, no, de lo contrario no me muevo de aquí.
CRISTINA. ¡Qué exigente eres!... (*Le dá á besar la mano por detrás de la butaca, y al mismo tiempo sale San Roman; Ricardo entra en el cuarto de doña Rosa sin ser visto, y Cristina desaparece por el fondo asustada.*)

ESCENA XIII.

CRISTINA, BERMUDEZ, SAN ROMAN *y* RICARDO.

S. ROMAN. (*Al oir el beso.*) ¡Eh! ¡Qué oigo!
BERMUDEZ. (*Despertando.*) ¡Qué es eso!
RICARDO. ¡Cielos! (*Vase.*)
CRISTINA. ¡Mí tio! (*Vase.*)
S. ROMAN. (*Dándole golpecitos en la espalda.*) ¡Ola! ¡Ola! Parece que no se pierde el tiempo.
BERMUDEZ. ¿Por qué?
S. ROMAN. ¡Canario! No hace cinco minutos que he dejado aquí á Cristina, y ya...
BERMUDEZ. (*Mirando al rededor*). ¡Con Cristina!
S. ROMAN. ¡He oido el beso! A ese paso la vida es un soplo.
BERMUDEZ. ¡Un beso, yo, y á Cristina!
S. ROMAN. No se haga usted el ignorante, porque yo lo he visto... Digo, lo he oido.
BERMUDEZ. ¿Qué lo ha oido usted?
S. ROMAN. Sí.
BERMUDEZ. Pues como no haya sido soñando...
S. ROMAN. Pero qué, ¿dormia usted?
BERMUDEZ. Como un cachorro... Es decir, no, porque soñaba que estaba bailando con una linda muchacha, y sin duda... (*Aparte.*) ¡Qué lástima que haya sido un sueño!..

S. ROMAN. No crea usted que yo me he ofendido por eso, al fin y al cabo ha de ser su esposa.

BERMUDEZ. ¿Mi esposa?

S. ROMAN. Sí, amigo mio, me agita ese pensamiento.

BERMUDEZ. Yo con su sobrina...

S. ROMAN. Puede usted creer que le hará feliz.

BERMUDEZ. Pero si yo no trato de...

S. ROMAN. Ya hablaremos de eso despacio. Vamos á comer. (*Dos criados traen la mesa dispuesta.*)

BERMUDEZ. ¡No han sido muy listos por cierto! (*Se sientan á comer.*)

S. ROMAN. ¡Espléndida comida! Qué bien nos vamos á tratar. Ese olorcillo conforta.

BERMUDEZ. (*Con la boca llena.*) ¡Si, es delicioso!

S. ROMAN. (*Asustado.*) Hombre, ¡por Dios! Coma usted despacio que se va á ahogar.

BERMUDEZ. Es verdad, comia tan distraido... Bebamos. (*Llena los basos.*) ¡A la salud de mi generoso Anfitrion! (*Bebe.*)

S. ROMAN. Que bien podiamos vivir los dos juntos, como dos hermanos, comer en la misma mesa... dormir...

BERMUDEZ. ¿En la misma cama?

S. ROMAN. No, eso no, en otra habitacion.

BERMUDEZ. Semejante idea confieso que no me desagrada, si tal método de vida me cuesta lo que esta comida... acepto desde luego, si se me exime de pagar el escote.

S. ROMAN. ¿Con que acepta usted?

BERMUDEZ. Trato hecho. (*Dándole la mano.*) Desde hoy soy su comensal.

S. ROMAN. ¡Qué alegría!

BERMUDEZ. Quiero decir, desde mañana, porque esta noche tengo una cita en Villahermosa.

S. ROMAN. ¡En Villahermosa!

BERMUDEZ. ¿Y á que no adivina usted con quién?

S. ROMAN. Con la del chasco...

BERMUDEZ. Precisamente.

S. ROMAN. Pero hombre, se espone usted, ¡con una mujer casada!...

BERMUDEZ. Vaya un defecto, es magnífico tener un editor responsable.

S. ROMAN. Pero si el marido llega á saber.

BERMUDEZ. Un marido no sabe nunca nada, y menos de las cosas de su mujer. Ese vaso está vacío. (*Le llena el vaso.*) La mujer se divierte mientras el marido duerme ó juega á los cuernos con la suegra.

S. ROMAN. ¡Y si despierta ó se distrae del juego?

BERMUDEZ. Seria una escepcion de la regla.

S. ROMAN. ¿Y si lo sabe y le provoca?

BERMUDEZ. Está en su derecho.

S. ROMAN. ¿Y si le mata?

BERMUDEZ. A eso se espone uno.

S. ROMAN. La carne se me pone de gallina. (*Aparte.*) No voy á poderle tener aquí esta noche, como no sea emborrachándole. (*Alto.*) Los vasos están vacíos.

BERMUDEZ. Tiene usted razon. (*Los llena.*) La boca se me seca y es por culpa de usted, que me hace hablar mas de lo que quisiera.

S. ROMAN. Eso no importa. (*Le pone mas vino.*)

BERMUDEZ. Continúe usted, amigo mio, continúe usted.

S. ROMAN. ¡Magnífico! (*Aparte.*) A este paso será fácil... *Los criados que han estado sirviendo se retiran.*)

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Si ha pensado este nécio achisparme, trabajo le mando. (*Alto.*) Ea, por el término feliz de mis amores. (*Beben.*) (*Aparte.*) Pronto se volverá la oracion por pasiva.

S. ROMAN. Bebamos. (*Aparte.*) Con tal que caiga él, yo...

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Ya le hacen chiribitas les ojos. (*Alto.*) ¡Comprendo el motivo porque le inquieta mi cita con la casada! Pues dirá sin duda, cuando la barba de tu vecino veas pelar... (*Beben de nuevo.*)

S. ROMAN. (*Empezando á manifestarse embriagado.*) Hecha... las... tuyas... á... remojar.

BERMUDEZ. (*Riendo.*) Ya cayó. ¡Já! ¡Já! (*Bebiendo.*) A tu salud.

S. ROMAN. (*Riendo tambien.*) Pues yo no he de ser menos que nadie... (*Bebe.*)

BERMUDEZ. ¡Magnífico!

S. ROMAN. A la salud... de... mí... sobri... na... y... de... su... futuro...

BERMUDEZ. ¡Acepto el brindis! De pié. (*Aparte.*) Si es que puede... (*San Roman quiere levantarse y cae sobre la silla.*) O sentado si es que está mejor.

S. ROMAN. Si...si... sen...ta...ta...do me...mejor.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) ¡Pobre hombre! (*Alto.*) A la salud de Cristina mi futura. (*Bebe.*)

S. ROMAN. A la salud... de la... señora... de Bermudez. (*Se deja caer en la silla.*)

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Ya está hecho una uba y me parece que puedo marcharme sin temor, pues no está para moverse en mucho tiempo. (*Se levanta.*)

S. ROMAN. ¿Dónde va usted?

BERMUDEZ. Hasta mañana, amigo mio, que usted descanse.

S. ROMAN. Si va usted al baile diviértase mucho, y á ese marido trátele usted como merece.

BERMUDEZ. Procuraré hacerlo.

S. ROMAN. (*Riendo.*) ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé! Como nos vamos á reir á costa de ese prójimo.

BERMUDEZ. ¡Mucho! (*Al irse.*) Dá lástima verle. (*Al salir tropieza con Garcia.*)

S. ROMAN. Hombre, tenga usted mas cuidado.

BERMUDEZ. Perdone usted, amigo Garcia; buenas noches. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

S. ROMAN *y* GARCIA.

GARCÍA. (*Reparando en él.*) ¡Calla! Es Bermudez. ¿Todavia aquí ese hombre? (*Yendo á San Roman.*) Señor de San Roman.

S. ROMAN. Diviértase usted mucho... y... firme... con... el marido.....

GARCÍA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡Está ébrio! (*Alto.*) Don Tadeo. ¡Don Tadeo!

S. ROMAN. Dale bola, ¡no le he dicho que se divierta!

GARCÍA. ¡Qué diversion, ni que ocho cuartos!

S. ROMAN. ¡Buenas noches!

GARCÍA. ¿Pero, no me conoce usted?

S. ROMAN. Vaya, y mucho, Bermudez; ¿si creerá usted que estoy borracho?...

GARCÍA. Qué Bermudez, si soy Garcia.

S. ROMAN. Hombre, ¿de veras? Pues se parece tanto á él que los confundia.

GARCÍA. (*Aparte.*) ¿Pero cómo está así este hombre? ¿Sabe usted dónde está su mujer?

S. ROMAN. ¡Vaya una pregunta! En casa de su madre. ¡Já! ¡Já! ¡Já! (*Rie.*)

GARCÍA. ¡La cosa es para reirse! ¡En casa de su madre! Como en la mia... Está en Villahermosa...

S. ROMAN. Buen provecho la haga, que se divierta.

GARCÍA. Pero es el caso que se va á divertir con Bermudez, con quien está citada.

S. ROMAN. (*Levantándose á duras penas.*) Con Bermudez. ¡Calla! ¡Calla! (*Rie.*) ¡Já! ¡Já! ¡Já! Hombre, ¡qué demonio! Pues duro en el marido, que bien lo merece.

GARCIA. ¿Habrá tal hombre? (*Dándole una carta.*) Tome usted, lea esa carta que su esposa de usted ha escrito á la mia, yo mismo la acabo de encontrar en su tocador.

S. ROMAN. Si no puedo leer, tengo telarañas en los ojos y aun creo que tambien en las narices; léamela usted.

GARCIA. (*Lee.*) «Querida Carlota mia, acabo de ver á Bermudez... Adivina en donde. ¡En mi casa y con mi marido!»

S. ROMAN. Ya lo creo, como que hemos comido juntos.

GARCÍA. (*Aparte.*) Ya te se conoce. (*Lee.*) «Le he citado para esta noche en Villahermosa; está prevenida para cuando yo vaya. Tuya, Rosa.»

S. ROMAN. ¡El diablo son las mujeres! ¿Y qué hemos de hacer con ellas?

GARCÍA. Con ellas, nada, lo que sí debemos hacer es correr tras él.

S. ROMAN. Eso sí, ¡á él!... Pero eso de correr, poco á poco...

GARCÍA. Ese hombre se ha propuesto ser su pesadilla de usted, le quiere perder.

S. ROMAN. Es verdad, los ciento veinte mil reales... ¿Quién lo diria?

GARCÍA. ¡Ea, pues! Marchemos pronto. (*Le coge del brazo.*)

S. ROMAN. Sí, sí, ¡marchemos pronto! (*Dando traspiés.*) Cómo se me anda la casa, ¿si estará la sala en Villahermosa y bailarán vals?

GARCÍA. Eso no es nada, yo le sostendré. (*Aparte.*) Hasta que me canse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

SAM ROMAN, *entra por el fondo.*

¡No haberlas podido atrapar! ¿De que nos ha servido á Garcia y á mi pasar tan mala noche? Sin duda se escabullian entre la multitud de almas que habia. ¡Buena ha estado la tal fiesta! Hacerme bailar á mí, aquella infernal turba de pollos. Todos ellos sabian mi nombre y las particularidades de toda mi casa, sin duda eran los secuaces de ese hombre. ¡Y gracias á Dios que he podido escarparme de ellos, que sino no sé lo que hubiera sido de mi! Para colmo de mi desventura vengo á casa y no hallo á mi mujer, de lo que doy gracias á Dios, porque no se si me hubiera podido contener. ¡Y el se ha instalado en mi casa, y en mi propia habitacion, el perverso que me la levanta de cascos! (*Mirando á su habitacion.*) Ya parece que se levanta. ¡Se ha puesto mi bata! Ese hombre se ha propuesto hacer uso de todo lo que me pertenece. (*Se pasea.*)

ESCENA II.

SAN ROMAN y BERMUDEZ.

BERMUDEZ. (*Saliendo.*) Pues señor, no he podido dormir pensando en mi aventura.

S. ROMAN. (*Aparte.*) Qué situacion es la mia, ¡deseando saber y temblando oir!

BERMUDEZ. ¡Ola, amiguito!

S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Y me llama amiguito!

BERMUDEZ. ¿Ya levantado? ¿Parece que se madruga? Que buena cama es la mia, digo la de usted. Es tan buena, como sus butacas, como sus comidas y como su ropa de dormir...

S. ROMAN. (*Enfadado.*) ¡Pero, caballero, yo!...

BERMUDEZ. Tadeito, que es eso. ¿Caballero, á mi? ¿Que ceremonias son esas?... Llámeme usted su amigo, su bueno y escelente amigo, como anoche.

S. ROMAN. Sea en buen hora, como usted quiera. (*Aparte.*) Estoy desesperado.

BERMUDEZ. ¡Asi me gusta; nada de cumplidos!

S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Si pudiera sonsacarle con maña! (*Alto.*) Conque, ¿y que tal la emprensa de anoche?

BERMUDEZ. ¿Cuál, mi cita?

S. ROMAN. Sí, segun creo fué usted á ella. (*Aparte.*) Se me pega la lengua al paladar.

BERMUDEZ. Hay ciertas cosas, ciertas aventuras que salgan bien ó mal, nunca se deben contar á nadie, el que hiciese otra cosa daria idea de ser un imbecil, por lo tanto...

S. ROMAN. Es usted muy reservado.

BERMUDEZ. No tal. Sino que el amor propio...

S. ROMAN. ¿Ya comprendo, seria usted rechazado, y por eso?

BERMUDEZ. No diré que si, ni que no.

S. ROMAN. ¿Pues, qué dirá usted?

BERMUDEZ. Nada, absolutamente, nada.

S. ROMAN. ¡No puede ser menos! ¿Y no podria saber por qué?

BERMUDEZ. ¿Por qué? Porque conoce usted á la persona interesada.

S. ROMAN. ¡Ah! ¿Con que la conozco yó? (*Aparte.*) ¡Cielos, es ella!

BERMUDEZ. Mucho, y á su marido mas.

S. ROMAN. ¿A su marido mas? (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡Ciertos son los toros!

ESCENA II.

DICHOS y CRISTINA.

CRISTINA. ¡Tio! ¡Tio!

S. ROMAN. ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

CRISTINA. Ahi fuera hay uno que pregunta por usted.

S. ROMAN. Que se vaya á paseo... Que no estoy en casa, que no quiero verlo.

CRISTINA. Hay que mal humor tiene hoy... Si dice que trae un dinero.

BERMUDEZ. ¿Dinero? Pues entonces es preciso no hacerse esperar, el dinero es un caballero que nunca debe hacer antesalas, y si usted no quiere, yo voy en un vuelo y le haré el recibimiento debido...

S. ROMAN. (*Con prontitud.*) No, no se moleste usted. (*Aparte.*) Pues no faltaba mas sino que hasta el dinero...

BERMUDEZ. Sí, mejor es que vaya usted. (*Bajo.*) Con eso me quedaré solo con Cristina.

S. ROMAN. (*Aparte.*) Pues cuando piensa en la sobrina es señal que no hace la corte á la tia, á no ser que quiera con las dos... (*Alto.*) Vuelvo al instante. (*Bajo á Bermudez.*) ¡Ya comprendo, quiere usted repetir lo del ósculo!

BERMUDEZ. Cómo, piensa usted que yo... ¿Con la sobrina de mi patron? ¡Jamás! Los deberes de la hospitalidad son sagrados para mí.

S. ROMAN. ¡Es usted muy pillo! (*Váse*)

ESCENA IV.

CRISTINA y BERMUDEZ.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Bien mirado, ¡la tal sobrinita es una perla! Pero no, Bermudez, se cáuto y ten presente que tu corazon no te pertenece. Sería una infamia engañar á una muchachá como esta.

CRISTINA. (*Aparte.*) Yo quisiera confesarlo todo, ahora que estamos solos, pero no me atrevo.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Sin duda, que despues de lo ocurrido ayer creerá que yo la amo. (*Alto.*) ¿Cristinita?

CRISTINA. ¡Caballero!

BERMUDEZ. Usted no ignorará que su tio D. Tadeo...

CRISTINA. (*Aparte.*) El me abre el camino.

BERMUDEZ. No ignorará que despues del beso, que segun su tio de usted, osé darla ayer...

CRISTINA. ¿Usted un beso?

BERMUDEZ. Sí, creerá usted que yo. (*Aparte.*) Como la digo yo ahora que no, si...

CRISTINA. (*Con timidez.*) Si todo lo que le obliga á usted hácia á mi, es ese beso que dice, desde luego puede usted creer que no le liga lazo ninguno, porque usted no me ha dado á mi nada...

BERMUDEZ. Con que efectivamente no ha habido... (*Aparte:*) Casi lo siento.

CRISTINA. Se lo voy á confesar á usted todo... Es verdad que me han dado un beso en la mano, pero no ha sido usted.

BERMUDEZ. ¿Pues si no fui yo, quien pudo?

CRISTINA. Mi primo Ricardo.

BERMUDEZ. ¡Ricardo!

CRISTINA. Sí señor, mi primo, doctor en medicina, á quien hace tiempo amo.

BERMUDEZ. ¿El de *ictibus capitis? (Aparte.)* Como engañan las apariencias, y yo que le tenia por un imbécil, cuanto sabe yá...

CRISTINA. Por lo tanto, caballero, espero que no me obligará usted...

BERMUDEZ. ¿Obligarla yo? ¡Jamás! Si estoy en el mismo caso que usted.

CRISTINA. ¿Qué, tambien tiene usted una prima?

BERMUDEZ. (*Riendo:*) Casi, casi.

CRISTINA. ¿A quien usted ama?

BERMUDEZ. A quien adoro con todo mi corazon.

CRISTINA. ¿Y se casará usted sin duda con ella?

BERMUDEZ. Lo que es casarme, eso es segun y conforme, depende de...

CRISTINA. ¿De algun tio de usted que se opondrá tal vez?

BERMUDEZ. Tio mio, precisamente no ..., pero en fin, del de usted yo respondo, le hablaré, y espero que consentirá en la union de dos seres á quienes puede hacer venturosos.

CRISTINA. ¡Oh! Cuán bueno es usted, caballero, ¿de ese modo, quién no le ha de querer?

BERMUDEZ. ¡Comprendo! ¿Siempre que no me case con usted, no es así?

CRISTINA. (*Con timidez.*) Yo...

BERMUDEZ. (*Apretándola la mano.*) Eso es natural, confie usted en mi.

ESCENA V.

DICHOS *y* RICARDO.

RICARDO. ¡Qué veo!

CRISTINA. ¡Oh! primo mio, ¿si supieseis qué amable es este caballero?

RICARDO. ¡Demasiado, ya lo he visto!

CRISTÍNA. Sabe que renuncia á casarse conmigo y nos ofrece su proteccion.

RICARDO. ¿Será cierto?

BERMUDEZ. Aunque no lo merece usted mucho por lo mal que queria tratarme.

CRISTINA. Adios: te dejo con él para que le enteres de nuestros asuntos; yo voy á esperar á la tia. (*Vase.*)

ESCENA VI.

BERMUDRZ, RICARDO *y luego* SAN ROMAN.

BERMUDEZ. (*Aparte.*) Qué chica tan linda... casi me pesa haber desperdiciado la ocasion de...

RICARDO. Que se arrepentiria usted de hacer lo que ha prometido á Cristina..,

S. ROMAN. (*Entrando.*) ¿Mi sobrino y Bermudez juntos? Escuchemos desde aquí. (*Escucha desde el fondo.*)

BERMUDEZ. Descuide usted, se casará con su prima, pese á quien pese.

S. ROMAN. ¿Qué es lo que dice?

RICARDO. ¡Què dicha! ¿quiere decir, que nos casaremos los dos en un mismo dia? ¿Habrá dos bodas?

S. ROMAN. ¿Dos bodas?

BERMUDEZ. ¿Cómo dos bodas?

RICARDO. Se entiende, si su futura de usted no se opone á ello.

S. ROMAN. ¡Su futura! eso quiere decir que mi mujer no es la que...

BERMUDEZ. ¡Mi futura! El caso es que solo hay un pequeño inconveniente, y es que mi futura está casada, y hasta que enviude...

S. ROMAN. ¡Cielos! ¡las piernas me tiemblan!

RICARDO. ¿Con que su amada de usted es casada?

BERMUDEZ. ¡Ahí está el mal! Figúrese usted, amigo mio; usted no es como mi tio, á quien no se le pueden decir ciertas cosas.

S. ROMAN. Ya lo creo.

BERMUDEZ. Figúrese usted que llego ayer al baile de Villahermosa, á donde me habia citado; entro, y veo en un rincon del salon principal dos dominós.

S. ROMAN. ¡No hay duda!

BERMUDEZ. Estaban ambas como quien vá de escondite y teme ser descubierto.

RICARDO. ¿Y era ella?

BERMUDEZ. Sí; estaba con otra amiga suya, con uno de esos apéndices perpétuos que jamás se separan de la persona que cojen por su cuenta.

S. ROMAN. Pues, las amigas siempre se tapan. Hoy por tí, mañana por mí.

RICARDO. Sí, sería una de esas adiciones inseparables.

BERMUDEZ. Me acerco á ellas, é iba á entablar conversacion con la mia, cuando hé aquí que la amiga toma la palabra en un tono altamente grave.

S. ROMAN. ¡Perfectamente, bendita Carolina!

BERMUDEZ. Empezó el discurso mas soporífero y fastidioso que he oido en mi vida, diciendo que si habia ido al baile habia sido por favorecer la moral.

RICARDO. (*Riendo.*) ¿De veras?

BERMUDEZ. Por defender á su amiga, que ya no me ama.

S. ROMAN. ¡Respiro!

BERMUDEZ. Porque ama á su marido.

S. ROMAN. Y yo que sospechaba...

BERMUDEZ. Y que lo que motivaba aquella entrevista era el deseo de manifestármelo así, y pedirme su retrato.

RICARDO. ¿Con que tiene usted su retrato?

BERMUDEZ. Sí, me le dió hace tiempo y le conservo en mi pupítre.

S. ROMAN. Mi mujer en su pupitre.

RICARDO. Y su amada de usted, ¿qué decia?

BERMUDEZ. Nada; pero en su semblante conocia yo que le pesaba lo que me decia su amiga, y casi por señas me manifestaba que nada de aquello era cierto, y que me amaba mas que nunca.

S. ROMAN. ¿Qué oigo? ¡Asesino!

BERMUDEZ. Pero á todo esto, la otra predica que te predica, sin dejarme á sol ni sombra, ni hablar una palabra con mi bella enmascarada. Por fortuna, hicieron señal de rigodon; pasó nn amigo, le dije mí posicion, y fué tan amable que la sacó á bailar, dejándome en plena libertad con la otra.

S. ROMAN. ¡A mi me va á dar algo!

RICARDO. ¿Y qué?

BERMUDEZ. No bien nos vimos solos, nos fuimos á una de las salas de descanso, y allí me suplicó, suspirando, y casi llorando...

S. ROMAN. ¡Verdugo!

RICARDO. ¿Qué?

BERMUDEZ. La hice mil reflexiones, y de reflexion en reflexion...

RICARDO. Ya concibo.

S. ROMAN.. (*Cayendo en una silla.*) Ya no puedo mas.

BERMUDEZ. Llegamos á la misma peticion que su amiga me habia hecho.

RICARDO. ¿A la devolucion del retrato?

BERMUDEZ. Justamente.

RICARDO. ¿Y era eso todo lo que?...

BERMUDEZ. ¡Todo!

S. ROMAN. ¡Respiro!

BERMUDEZ. Accedí, pero con la condicion de que iria ella misma á buscarlo á mi casa.

RICARDO. ¿Lo cual habrá ya verificado?

S. ROMAN. ¡Esta es mas negra!

BERMUDEZ. No por cierto, irá hoy á las doce.

S. ROMAN. (*Dando un salto de alegria.*) ¡Me he salvado! ¡me he salvado!

BERMUDEZ. ¡Qué oigo! (*Viéndole.*) ¡Cómo, es su tio de usted!

RICARDO. ¡Querido tio!

BERMUDEZ. (*Cogiendo de la mano á San Roman.*) Amigo mio, permítame usted que me interese...

S. ROMAN. ¡Caballero!

BERMUDEZ. Pero no, mejor será que se lo diga á Rosita, á su tia.

S. ROMAN. ¡A mi mujer! De ningun modo.

BERMUDEZ. Si es cosa de un momento. ¿Esta visible?

S. ROMAN. He dicho que no, y basta. (*Aparte.*) Pues no faltaba sino que en mis barbas...

BERMUDEZ. Tiene usted razon, no estoy en traje conveniente. (*Á Ricardo.*) Venga usted á mi cuarto mientras me visto, y allí hablaremos del asunto. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

SAN ROMAN.

Se fué; hizo bien, porque no me hubiera podido contener. No perdamos tiempo, ya que tanto le gusta ver la postura del sol, esta tarde la podrá admirar desde las rejas de la cárcel, este es el único medio que tengo de poner á salvo mi honor y mi fortuna; para lo último, se le pondrán dos vigilantes para que no pueda atentar contra su vida.

ESCENA VIII.

SAN ROMAN y GARCÍA.

GARCÍA. (*Entrando.*) ¿Que hay de nuevo, amigo mio?

S. ROMAN. ¡Qué hay! Pronto lo sabrá usted.

GARCÍA. (*Dándole la mano.*) Pobre amigo mio, lo que pasa lo siento tanto como usted... Pero nosotros los pobres casados, tarde ó temprano.

S. ROMAN. ¡Oh! No señor, yo nada tengo que temer.

GARCÍA. ¡No la encontró en el baile!

S. ROMAN. No tal, se vieron y se hablaron.

GARCÍA. Comprendo, ¿y habrán reñido?

S. ROMAN. Tampoco. (*Con misterio.*) Están citados para hoy á las doce.

GARCÍA. ¡Comprendo! (*Con tono grave.*) Cuente usted conmigo desde luego, seré su padrino.

S. ROMAN. ¿Cómo, un desafio? No es mala la salida.

GARCÍA. Diantre, si estuviera en su caso no dudaria un momento en matarlo.

S. ROMAN. (*Aparte*). ¡Vaya un negocio que haría, matarlo cuando de su vida depende mi fortuna! (*Alto.*) No, amigo mio, es mucho mejor que dentro de una hora se halle de patitas en la cárcel.

GARCÍA. ¡Como usted guste, pero si yo me hallase en su lugar!... y en cuanto á doña Rosa...

S. ROMAN. ¿Qué haré con mi mujer?

GARCÍA. Yo creo que por el pronto, una separacion.

S. ROMAN. ¿Usted cree que debo?

GARCÍA. Eso no tiene duda, su honor de usted requiere esa reparacion, pero es necesario pruebas palpables, que no admitan escusa alguna. (*Reflexionando.*) ¡Ah! ¡Ya tenemos una!

S. ROMAN. ¿Cuál?

GARCÍA. ¿No nos habló ayer de un retrato?

S. ROMAN. Que ella le dió hace tiempo.

GARCÍA. ¿Y que le tiene en su casa.

S. ROMAN. ¿Justo, y en su escritorio, y qué?

GARCÍA. ¿Qué? Que ahora mismo le voy á buscar y...

S. ROMAN. ¡Cómo!

GARCÍA. Descuide usted, yo haré que la prueba del delito se halle pronto en mí poder, y una vez presentada...

S. ROMAN. Comprendo, amigo mío, como pagaré yo á usted...

GARCÍA. Antes de dos horas habremos entablado la demanda.

ESCENA IX.

DICHOS y DOÑA ROSA.

S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Mi mujer! ¡La cólera me ahoga!
DOÑA ROSA. ¿Don Teodoro, á donde vá usted tan corriendo?
GARCÍA. Señora, voy á un asunto muy importante.
DOÑA ROSA. Mucho lo debe ser segun veo.
GARCÍA. (*Aparte.*) Con que frescura se presenta á su marido, despues de... ¡Pobre Don Tadeo!
DOÑA ROSA. ¿Está usted como turbado?
GARCÍA. Yo diré á usted... Eso depende de... El caso es que... Segun usted comprenderá; pero no tengo un minuto que perder. (*Váse.*)

ESCENA X.

SAN ROMAN y DOÑA ROSA.

DOÑA ROSA. (*Quitándose el sombrero.*) Vaya un hombre original, ¿no sabes que tiene, amigo mio?
S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Amigo suyo!
DOÑA ROSA. ¿Que pensativo estás, que tienes que no me das el abrazo de costumbre?
S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡No faltaba mas!
DOÑA ROSA. (*Tomándole la mano.*) Mira que sino vamos á reñir.
S. ROMAN. (*Aparte, abrazándola.*) Quien es capaz de contenerse.
DOÑA ROSA. Así me gusta, ¿ahora dime, dónde has pasado la noche?
S. ROMAN. (*Turbado.*) ¿Yo?
DOÑA ROSA. Esposo mio, no te voy á echar en cara que hayas ido á las máscaras, pues si te divierte esa funcion nada tiene de estraño que vayas á ella, tampoco te acusaré por

que me lo hayas ocultado, aunque no debias haberlo hecho. Un buen marido no debe tener secretos para con su mujer.

S. ROMAN. (*Aparte.*) ¡Dice bien!

DOÑA ROSA. ¡Lo que no te puedo perdonar es el haber bailado!

S. ROMAN. ¡Yó!

DOÑA ROSA. ¡Que dirá de ti todo el mundo! ¿En que concepto te tendrán cuando sepan que San Roman el banquero, bailó polkas y schottis, como un imberve pollo? ¡Ponerte á bailar á tu edad!...

S. ROMAN. ¡Ponerme á bailar! Di mas bien que me pusieron. Pero dejando eso á un lado, usted que se erige en juez de mis actos, ¿dónde ha pasado tambien la noche?

DOÑA ROSA. En Villahermosa, como tú, puesto que te he visto allí.

S. ROMAN. Mas afortunada ha sido usted que yo, señora, pues no he podido hallarla en toda la noche. ¿Y no podré saber la causa de esa ida al baile?

DOÑA ROSA. Eso no te importa, ó mejor dicho, no te interesa nada.

S. ROMAN. ¡Cómo que no me importa! Sra. Doña Rosa, eso lo veremos; todo lo sé, ha ido usted á las máscaras con Carolina, la mujer de García.

DOÑA ROSA. Eso es verdad.

S. ROMAN. ¡Para ver á Bermudez!

DOÑA ROSA. Tambien es cierto, ¿quien te ha dicho?...

S. ROMAN. ¿A quien citó usted ayer en mi mismo casa?

DOÑA ROSA. ¡Tienes razon!

S. ROMAN. A Bermudez, su antiguo amante de usted.

DOÑA ROSA. ¡Cómo, que dices! ¿Ramiro mi amante?

ESCENA XI.

DICHOS Y BERMUDEZ.

BERMUDEZ. ¡Yo! (*Rie.*) ¡Já! ¡Já! ¡Já!

DOÑA ROSA. (*Lo mismo.*) ¡Já! ¡Já! ¡Já!

S. ROMAN. ¡Señora!

BERMUDEZ. ¿Con que ha creido usted de buena fé que su esposa?...

S. ROMAN. Pero, caballero...

DOÑA ROSA. (*Riendo.*) ¿Pues habrás pasado una noche divina?

S. ROMAN. Eso es, rian ustedes, rian ustedes ; que ya me llegará mi vez. A Dios gracias, dentro de poco estarán en mi poder las pruebas.

DOÑA ROSA. ¿Las pruebas?

S. ROMAN. Si señora , las cuales se hallan en casa de este caballero, y en su escritorio.

BERMUDEZ. ¿En mi casa, y en mi escritorio?

S. ROMAN. Si señor, alli tiene usted guardado un retrato, lo oye usted, señora. ¡Un retrato!

DOÑA ROSA. ¡Dios mio!

S. ROMAN. El cuál no tardará en traérmelo mi amigo García.

BERMUDEZ. ¡El! García... ¡Es usted un imbécil!

DOÑA ROSA. ¡Desgraciado! ¿Sabes lo que has hecho?

S. ROMAN. (*Riendo.*) ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¿Parece que ahora me toca á mi?

DOÑA ROSA. ¡Todo se ha perdido!

BERMUDEZ. Que imprudencia. (*A San Roman.*) Sepa usted que ese retrato es de su mujer.

S. ROMAN. ¡De mi mujer! Toma, ya lo sé que es de mujer.

BERMUDEZ. ¡Eh! De la mujer de García.

DOÑA ROSA. Y ella es la que en otro tiempo amaba al señor.

S. ROMAN. ¡Será posible!

DOÑA ROSA. La has comprometido atrozmente.

BERMUDEZ. (*Paseándose.*) ¡Infeliz mujer! ¡De que le ha servido mi reserva, si un idiota!...

S. ROMAN. Hombre, lo veia tan claro...

BERMUDEZ. Usted no vé mas allá de sus narices.

DOÑA ROSA. ¡Pobre Carolina!

S. ROMAN. No lo temo yo tanto por Carolina, como por el señor, pues si García se deja llevar de su génio, adios mis ciento veinte mil reales.

BERMUDEZ. Por mi no teman ustedes, por ella, por la pobre Carolina, por mi parte me es indiferente una estocada mas ó menos.

S. ROMAN. ¿Estocada mas ó menos, habráse visto; pues qué no se muere de una estocada?

BERMUDEZ. ¿Y qué importa? ¡Si me mata, santas pascuas, á nadie hago falta!

S. ROMAN. Cómo que no, usted hace mucha y á mí sobre todo, mas de lo que se puede figurar. (*Aparte.*) El hombre no se acuerda mas que de sí.

GARCÍA. (*Fuera.*) ¡Don Tadeo, D. Tadeo!

BERMUDEZ. ¡Cielos! ¡Ya está aqui!

S. ROMAN. Ocúltese usted, y dejemos que le pase el primer ímpetu.

BERMUDEZ. ¡Ocultarme yo!

DOÑA ROSA. Dice bien, ocúltese usted.

ESCENA XII.

DICHOS y GARCÍA.

GARCÍA. (*Entra corriendo.*) ¡Ya está en nuestro poder, amigo mio! Ya está. (*Deteniéndose.*) ¡Qué veo don Ramiro y doña Rosa!

S. ROMAN. (*Aparte.*) Pues está mas tranquilo que yo creia.

GARCÍA. (*Aparte á San Roman.*) Es decir, le tendremos dentro de poco, porque su sobrino de usted ha sido quien le ha cogido.

S. ROMAN. ¡Ricardo!

GARCÍA. (*Aparte á San Roman.*) ¡El mismo! (*Bermudez y Doña Rosa procuran oirlos.*) Le encontré al salir, y no sé como se las habia compuesto que le habia pescado las llaves á Bermudez, en su consecuencia, le sacó y se le guardó sin querérmelo enseñar siquiera.

S. ROMAN. Buen muchacho, es reservado.

BERMUDEZ. (*A Doña Rosa.*) Ha oido usted, no le ha visto.

DOÑA ROSA. Se ha salvado.

GARCÍA. No piense él que me importa nada, porque demasiado se yo quien es.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS Y RICARDO.

RICARDO. ¡Tio! ¡Tio! Aquí está.

S. ROMAN. (*Cogiendo el retrato.*) ¡Dámele! ¡Dámele! (*Le abre, le mira á escondidas, y en seguida le cierra viendo que García se acerca á mirarlo.*) Está parecidísimo.

DOÑA ROSA. ¡Gracias, Ricardo!

BERMUDEZ. (*Dándole la mano.*) ¡Bien! ¡Es usted todo un hombre!

S. ROMAN. (*Abrazando á Bermudez.*) ¡Perdone usted, querido amigo!

GARCÍA. (*Aparte.*) ¡Pues está bueno! Le abraza y le pide perdon despues de... ¡Vamos, está visto, es un pobre hombre!

S. ROMAN. (*Abrazando á Doña Rosa.*) ¡Querida Rosa! ¡Esposa mia!

GARCÍA. (*Aparte.*) Y á su mujer tambien, decididamente está predestinado, y lo será...

S. ROMAN. ¿Le estraña á usted esto, García, no es así?

GARCÍA. ¿A mí? Usted sabrá lo que se hace...

S. ROMAN. Ya se vé que sí. ¡Ay! No saben ustedes la pena que me causaba tener que reñir con mi mejor amigo, con el que me proporciona toda mi felícidad.

BERMUDEZ. ¿Yo?

GARCÍA. (*Aparte.*) ¡Maldito si entiendo jota de lo que aquí pasa!

S. ROMAN. Figúrense ustedes si será bueno, cuando me proporciona una renta anual de seis mil duros.

BERMUDEZ. ¿Cómo?

GARCÍA. Vamos, se ha vuelto loco.

S. ROMAN. Ya que en el esceso de mi alegria, se me ha escapado, voy á decirle lo que hay en eso. Sepan ustedes que Monfront, me ha dejado sobre la vida de Bermudez la mitad de una renta.

BERMUDEZ. ¿Sobre mi vida?

GARCÍA. ¡No hay tal! ¡Está usted tocando el violon!

S. ROMAN. ¿Cómo es eso?

GARCÍA. Figúrese usted si lo sabré yo que llevo una parte en la otra mitad.

S. ROMAN. ¿Y qué?

GARCÍA. Que el señor es solo don Ramiro Bermudez y nada mas. ¿No as así? (*A Bermudez.*)

BERMUDEZ. Esactísimo.

GARCIA. Y nuestro asegurado, sobre el que está impuesta la renta, es don Ramiro Luis de Bermudez. ¿Ya vé usted que hay alguna diferencia?

S. ROMAN. Es verdad, pero...

BERMUDEZ. Ese es mi primo, el de Burdeos

GARCÍA. ¿El de Burdeos? ¿Bastante jóven?

BERMUDEZ. Treinta años á lo sumo.

S. ROMAN. ¡Magnífico! ¿Y de salud?

BERMUDEZ. Robustísimo, no ha estado malo mas que una vez en su vida.

S. ROMAN. (*Con alegria.*) ¡Oh! ¡Felicidad!

BERMUDEZ. Y esa de una pulmonía de la cual murió.

TODOS. ¿Ha muerto?

BERMUDEZ. ¡Hace ya mas de dos meses!

S. ROMAN. (*Azorado.*) ¿Ha muerto antes que Monfront?

GARCÍA. (*Desesperado.*) Ni siquiera lo devengado.

ESCENA XV.

LOS MISMOS Y CRISTINA.

CRISTINA. Tio, el almuerzo está en la mesa.

S. ROMAN. ¡Déjame en paz, no quiero comer, no tengo gana!

GARCÍA. Ni yo tampoco.

BERMUDEZ. Ea pues, yo me comeré la racion de los tres, porque

me siento con buen apetito. Despues arreglaremos la boda de estos muchachos.

DOÑA ROSA. (*A su marido.*) ¡A los cuáles dotarás bien!

S. ROMAN. ¡Dotarlos! ¡Espera, sí, puesto que lo deseas les dotaré! Sí, os doy de dote...

CRISTINA. ¡Querido tio!

RICARDO. ¡Cuán bueno es usted!

S. ROMAN. Todo lo que me debe Bermudez, que Dios sabe cuando lo cobrareis.

GARCÍA. ¡Soberbio dote!

BERMUDEZ. Mejor que se lo pueden figurar, puesto que el dinero que ayer dí, fué el que me entregó mi escribano á cuenta de la renta de mi primo, transmisible á mi nombre, por completo y sin participacion con nadie.

S. ROMAN. ¡Está visto, desde ayer no hago mas que desatinos!

BERMUDEZ. Consuélese usted de esa desgracia, al saber que no es lo que pensaba, ¡Eso ya es algo!

S. ROMAN. (*Suspirando.*) Tiene usted razon. (*Tentándose la cabeza.*) Siempre vale mucho no ser...

GARCÍA. Feliz yo que estoy seguro de mi mujer.

BERMUDEZ. Sí, le ofrezco mi eterna amistad. (*Dándole la mano.*)

S. ROMAN. (*Aparte, riendo.*) Bien la merece el pobre. Siempre sucede lo mismo, todo el mundo lo sabe menos el marido.

BERMUDEZ. (*A Cristina y á Ricardo.*) A ustedes, mientras el señor hace parroquia, ademas de lo ofrecido, una pension sobre mi renta vitalicia.

S. ROMAN. Libré mejor que esperé.
Mas me queda un escozór
Y es...

GARCÍA. (*Interrumpiéndole.*) Lo arreglaré mejor
si el puesto me cede usté.

S. ROMAN. ¡Vaya en gracia!

BERMUDEZ. Estoy yo aquí,
Que soy parte interesada.
¿Pedimos una palmada?

GARCÍA. (*A San Roman.*) ¿Qué dice usted?
S. ROMAN. ¿Yo? Que sí.
BERMUDEZ. (*Al púclico.*) Señores, nuestra codicia
tan solamente desea
que un aplauso el premio sea
de mi renta vitalicia.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia por el señor censor de turno y de conformidad con su dictamen, puede representarse.

Madrid 3 de noviembre de 1853.

VENAVIDES.

Los pobres de Maridd
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó el martes!
La gratitud de un bandido, ó 2.ª p. de D. Corrientes.
La batalla de Covadónga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado.
Los maridos.
La hipocresía del vicio.
La caza del gallo.
La fontera de Murillo.
La piel de leon.
La campana de la Almudaina
Los tres banqueros.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y María.
Mentiras y dulces.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido
Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas la de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero
Pelayo.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¡Quién vive!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
Rival y amigo.
¡Rico... de amor!
Su imágen.
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*P. de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una renta y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un páje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un sí y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo
Una equivocacion.
Un retrato á quema-ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo.
Ver y no ver.
Verdades amargas.
Zamarrilla, ó los bandidos de la serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé: *Música.*
Azon Vizconti.
A cual mas feo.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
Cegar para ver.
Célito y Flora.
Don Crisanto ó el Alcalde proveedor.
Don Sisenando.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio: *drama lírico.*
El dominó azul.
Enredos de carnaval.
El postillon de la Rioja; *Música.*
El mundo á escape.
El novio pasado por agua: *Música.*
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El zuavo.
Farmelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa ó el suegro ómnibus.
Las bodas de Juanita: *Música.*
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La dama del rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La cacería real.
Los conspiradores.
La modista.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona
La pensionista.
La guerra de los sombreros
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo: *Música.*
Marina.
Moreto: *Música.*
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quién manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una.
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, número 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Béjar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejada.
Córdoba	Lozano.
Coruña	García Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	García.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guilien.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Saulúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Powor.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.ª
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.